



REVISTA CIENTIFICO-LITERARIA.

AÑO I.

Se publicará los días 1.º y 15
de cada mes.
Administración central, Abades 14.

Sevilla 15 de Octubre de 1862.

Precios: En Sevilla 6 rs. al mes. En el resto
de España 24 rs. trimestre. En el extranjero
y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado.

NÚM. 1.

DIRECTOR,

DON CARLOS JIMENEZ FLAHER.

REDACTORES.

Sres. Almendros Aguilar (D. Antonio).
« Alvarez Anitua y de Letona (D. Rafael).
« Alvarez Osorio (D. Florencio).
« Arrambide (D. Juan Miguel de).
« Baglietto (D. Leoncio).
« Bálaguer (D. Victor).
« Bascones (D. Manuel María).
« Becquer (D. Gustavo).
« Benavides (D. José de).
« Boutelou (D. Claudio).
« Bueno (D. Ricardo).
Sra. Butler (D.ª Rosa).
Sres. Calvo Asensio (D. Pedro).
« Campillo (D. Narciso).
« Campoamor (D. Ramon).
« Canalejas (D. Francisco de P.ª).
« Cárdenas y Uriarte (D. José).

Sres. Castelar (D. Emilio).
« Sr. Castellanos (D. Basilio Sebastian).
Sres. Castro (D. Federico).
« Collantes (D. Francisco de P.ª).
« Diaz de Benjumea (D. Nicolás).
Sra. Diaz F. de Lamarque (D.ª Antonia).
Sres. Eguilaz (D. Luis).
« Escudero (D. Luis).
« Ester (D. Cayetano).
Fernan-Caballero.
« Fernandez Aveño (D. Teodomiro).
« Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
« Flores Arenas (D. Francisco).
« Font (D. Enrique).
« Garcia Gutierrez (D. Antonio).
« Garcia Lovera (D. Ignacio).
« Garcia Lovera (D. Rafael).
« Garcia de Meneses (D. Gregorio).
« G. Negrete (D. Antonio).
« Garrido (D. Manuel).
« Garcia Perez (D. Eduardo).
« Giron y Lopez (D. Manuel).

Sra. Grassi (D.ª Angela).
Sres. Hartzenbusch (D. J. Eugenio).
« Jimenez (D. Manuel).
« Jimenez Astorga (D. Gumersindo).
« Lamarque de Novoa (D. José).
« Larrañaga (D. G. Romero).
« Lopez de Ayala (D. Adelardo).
« Lopez Garcia (D. Bernardo).
« Maraver (D. Luis).
« Marco (D. José).
« Martinez de Artabeitia (D. Mateo).
Sra. Mendoza de Vives (D.ª María).
« Mier (D. Eduardo).
Sres. Montaut y Dutriz (D. Manuel).
« Montero (D. Manuel María).
« Muro (D. Julian).
« Palacio (D. Manuel del).
« Ramirez (D. Javier de).
« Ramirez y de las Casas-Deza (D. L. M.).
« Ramos Calderon (D. Antonio).
« Rios (D. Demetrio de los).
« Rodriguez Correa (D. Ramon).

Sres. Rios (D. Amador de los).
« Rodriguez y Morales (D. José).
« Rodriguez Zapata (D. Francisco).
« Romea (D. Julian).
« Romero de Castilla (D. Tomás).
« Rubio y Diaz (D. Vicente).
« Ruiz Aguilera (D. Ventura).
« Sala (D. Manuel).
« Sanz (D. Eulogio Florentino).
« Sawa (D. Federico de).
« Segovia (D. Gonzalo).
« Selgas y Carrasco (D. José).
« Serra (D. Narciso).
Sra. Sinués de Marco (D.ª M.ª del Pilar).
Sres. Tamayo y Baus (D. Manuel).
« Trueba y la Quintana (D. Antonio).
« Utrera (D. Federico).
« Velazquez y Sanchez (D. José).
« Viedma (D. J. Antonio).

COLABORADORES.

Todos los Literatos y Artistas de España.

SUMARIO.

La España Literaria, por la Redacción.—Los Miserables de Victor Hugo (art. 1.º) por D. Federico Utrera.—Cervantes y Lope en 1605, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—Resolución famosa del Buscapié (art. 1.º) por don Nicolás Diaz Benjumea.—Pasado, Presente y Porvenir de la Arquitectura en España, (art. 1.º) por D. Demetrio de los Rios.—Bienaventurados los pobres de espíritu, novela, por D. José Velazquez y Sanchez.—A Murillo, soneto, por D. Francisco Rodriguez Zapata.—Impaciencia, romance, por D. Narciso Campillo.—Cantos Slavs, por D. Manuel del Palacio.—Sueños.—Los artículos todos van colocados por el orden de fechas en que se reciben en la Redacción.

ADVERTENCIA.

Desde el número próximo, principiaremos á dar una Revista mensual de los acontecimientos mas notables del mundo. Otra trimestral de Revistas españolas, en la cual examinaremos el estado en que las ciencias y literatura se hallen en nuestro País. Y cada semestre, otra de Revistas extranjeras con el mismo objeto que la última citada. Las de artes, industrias y teatros, alternarán en nuestras columnas, con las anteriores.

LA ESPAÑA LITERARIA.

Veinte y cinco años hace; cuando mas fuerte tronaba el cañon de la guerra civil; cuando mas abundante corria la sangre de los Cides y Gonzalos; cuando anegada en ella la madre España parecia pronta á sucumbir; entonces alentada la juventud briosa de nuestro pátrio suelo, mas que por el bélico clarín, por la emancipación de la idea, lanzóse á la arena literaria, no alimentada por una erudición que entonces hubiera sido fria y estéril; sino audaz, enardecida y elocuente, inflamada con el mas ardiente entusiasmo de la pasión y del sentimiento.

No de otra manera hubiera sido la expresión fiel de un pueblo que aherrojado largos siglos en la mas dura servidumbre levanta súbito la frente ardiendo en un volcan de ilusiones y saltándole en el pecho el corazón lleno de alegría. Era tiempo de combatir, y

aquel que reclamado por la familia no corría á confundirse entre el tropel de los soldados, combatía aun con mas vehemencia, con mas osados bríos, con mas levantadas aspiraciones en el palenque literario de la idea.

El semanario pintoresco, el panorama, el artista, y otros cien periódicos consagrados á templar la saña de la guerra civil, lo mismo que á sostener el espíritu en el mas levantado entusiasmo, escribiéronse dentro de aquella terrible década; no sabiendo ahora de que admirarnos mas, si de la espontaneidad de tantos géneos maravillosos, si de sus atrevidas producciones llenas de vida; ó del tipo, del papel, de la impresión y de los grabados y litografías de aquellos periódicos.

Si se considera esto último á la luz de lo que entonces se hacia en los demás pueblos de Europa, ¿quién podrá ver en aquellas publicaciones la España del renombrado siglo de oro? Y sin embargo, cuanta eficacia, cuanta energía, cuantas bellezas no se descubren

bajo aquellas rudas formas materiales y bajo aquella literatura!

En aquellos periódicos se hicieron célebres en Madrid Larra, Espronceda, Cortés, Gil, Villalta, Segovia, Pelegrin, Mesonero Romanos; Madrazo, Zorrilla y otros muchos que todo el mundo conoce. A sus ecos respondieron no menos entusiasmados los hijos de la ilustre Atenas Española, de la ciudad donde florecieron los Leandros é Isidoros, Montañeses y Murillos, Herreras y Riojas; y en *El Cisne*, *La Aureola*, *El Paraíso*, *La Floresta*, y *La Lira Andaluza*, mostraron los discípulos del Duque de Rivas y de D. Alberto Lista, que no cedían en inspiración y en atrevimiento á los de Quintana y Gallego. En dichos periódicos se dieron á conocer Salas y Quiroga, Tenorio, Muntadas, Amador de los Ríos y otros muchos que honran hoy la literatura Española.

Terminada la guerra civil y en los primeros albores de la paz, aun brillaba la llama de aquel fuego que alentara á tantos campeones del saber, y en *La Risa*, *El Siglo Pintoresco*, *El Laverinto* y otros mas periódicos artístico-literarios se hizo entonces muestra de que si la efervescencia de los espíritus comenzaba á calmarse, en cambio los estudios eran mas serios y mejores las formas típicas y literarias.

De pronto pareció que todo había enmudecido en el estadio de las letras españolas. Comenzóse á organizar la instrucción pública, la juventud mostróse mas deseosa de aprender que de dejarse arrastrar de sus propias inspiraciones, y los literatos de la sangrienta década, ó figuraban ya en altos puestos políticos y diplomáticos, ó consagrándose mas profundamente á la meditación, empleaban su genial actividad en buscar nuevos horizontes á la ciencia ó en amaestrar la juventud en sapientísima doctrina.

Esta se recibía ávidamente pero en silencio. En tanto la nación cicatrizaba sus profundas heridas, reorganizándose en todos sus elementos constitutivos y sociales.

Estos trabajos preparatorios absorbieron la atención de todo el mundo, y en tan breve respiro, en plazo tan corto; pues aun no podía, ni podrá en mucho tiempo fructificar la semilla de tantas planteadas mejoras, Europa pudo ver que si España había permanecido estacionaria algunos siglos, su regeneración sería mas rápida de lo que jamás podría esperarse de pueblo alguno con tan contrarios elementos.

España hizo el censo de sus habitantes, contó sus tesoros, tuvo conciencia de su fuerza moral, material é intelectual y entonces lanzó ejércitos al Africa.

Pero esto no ha sido mas que un alarde. Aun falta mucho, aun falta todo, para que España alcance el completo desenvolvimiento que por sus altos destinos providencialmente le corresponde.

Para tamaña obra nos necesitamos todos. Todos pueden llegar á exponer sus ideas en nuestro periódico segun las secciones en que para su mejor orden debe dividirse. La bandera de *La España Literaria* acoje amorosamente á todos los escritores españoles de todas las sectas políticas y filosóficas, con tal que sus miras vayan derechamente encaminadas al engrandecimiento de la patria, ora en su desarrollo literario ó en el de las artes y las ciencias; pues ya no es fácil separar como en tiempo de la guerra civil, las artes que

se engendran y robustecen con las pasiones del alma, de las ciencias que señalan nuestro material progreso.

Si en medio de esa guerra civil, en medio de la fiebre que devoraba el seno de la madre patria alentaba *La España Literaria* calenturienta y enardecida, ahora que ha dado las primeras muestras de robustez y fuerza, ahora que la juventud atesora mayor fondo de ciencia y no cede en amor patrio á nuestros padres y hermanos de la triste década, ¿podrá permanecer silenciosa y egoísta?

Egoísmo es no derramar entre la multitud los tesoros de la idea, que ha de preparar á ese gran pueblo para sus grandes conquistas. Lejos de nosotros semejante egoísmo.

Publicamos por amor á la ciencia, por amor á nuestro pueblo. Este amor es el editor que tenemos, y nuestro único lucro.

A los que escriben pedimos los productos de su pluma, al público que lee, su atención y benevolencia; y si es cierto que en el corazón del pueblo español hay un germen regenerador que le anima y le impulsa á lo bueno, á lo bello, y lo grande, ese mismo germen dará vida á nuestro periódico, que á proclamar lo bueno, lo bello y lo grande de la España existente y futura, hoy sale por primera vez á la luz pública.

LA REDACCION.

LOS MISERABLES.

POR

VICTOR HUGO.

ARTÍCULO I.

VICTOR HUGO Y EL ROMANTICISMO.

«No queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al son de la rima, á entonar sonetos y odas de circunstancias: que concede todo á la expresión y nada á la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aun; apostólica y de propaganda; enseñando verdades á aquellos á quienes interesa saberlas, mostrando al hombre no como debe ser, sino como es, para conocerle; literatura en fin, expresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo».

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Cuando la literatura francesa, engendrada por el arte de Boileau, decadente, extenuada, caduca para ser representante de su época, solo producía, lánguidas, pobres y descoloridas copias de Racine y Corneille; propósito, no para despertar el entusiasmo de un pueblo que había pisado arroyos de sangre, sino propias para adormecerle; cuando Talma, cansado de prodigar los tesoros de su talento y exquisita sensibilidad en las mezquinas y heladas composiciones de su tiempo, suspiraba por un arte nuevo en el cual campeasen libres los arranques de su genio, un niño nacido en Francia, atravesaba los altos Pirineos, acompañado del estrépito beligeró de un poderoso ejército, encaminándose á Madrid para incorporarse en el colegio de nobles donde debía ser educado.

Era este niño, hijo de un general francés cuyo nombre odiaban los españoles, que

en aquellos tiempos derramaban su hirviente sangre en los campos de batalla, defendiendo la integridad é independencia de su país.

Penas agudas, y punzantes dolores tenía el destino reservado á este niño, en aquel silencioso edificio dentro del cual los vástagos de la aristocracia española, veían un enemigo de su patria y de su honra nacional. En vez de la fraternal acogida que creyó encontrar entre sus compañeros, vióse despreciado por aquellos tiernos patriotas que llenos de justa ira y noble orgullo, rechazaban la amistad y el trato del que juzgaban su ofensor.

¿Quién era este niño que protegido por el primer caudillo del mundo, en brazos de su ejército vencedor había llegado á ser víctima de los vencidos?

Era el ilustre escritor que hoy conocemos con el nombre de Victor Hugo.

Y él, que había creído traer á la infeliz y desdeñada España un título de gloria en los timbres de su triunfadora raza, sintió, cómo el coraje nunca domeñado de nuestra altiva estirpe, le arrojaba al rostro toda la ignominia y el infamante oprobio que debiera pesar en humillados pechos.

Viose aislado y ofendido entre las sombrías paredes del colegio, y maldiciendo el destino que en tan temprana edad le condenaba á la mas terrible de las amarguras, se alejaba despechado á un rincón oscuro buscando un lenitivo á su fundado pesar; tal vez en algún ángulo apartado, entre el polvo de un carcomido y antiquísimo estante hallaba un libro viejo, y en él clavaba su anhelante vista.

Y aquel libro, ¡quién sabe! consolaría su angustia, llenaría su soledad, acompañaría su alma, daría fuerzas á su sufrimiento, templaría su dolor; sobre él caería su última lágrima, y repentinamente alegre volaría á su estancia, como una golondrina con el alimento vuela á su nido.

La lectura de una sola página, de una frase, de una palabra, para pechos nobles, para almas grandes, para elevados espíritus, es á veces sobrada recompensa de una herida, completa venganza de una afrenta.

Ríoja había exclamado:

«Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo.....»

Victor Hugo carecía del amigo; pero tenía el ángulo y el libro. No necesitaba mas, si aquel libro, olvidado entonces de los españoles, se titulaba: Obras de Don Pedro Calderon de la Barca; y si al leerlas, no asistía á los teatros en que se representaban las imitaciones de Moliere que reproducían los émulos de Moratin.

A solas con Calderon, el pensamiento de Victor Hugo profundamente analizador, podía desmenuzar una por una las grandes bellezas del coloso de nuestro teatro, penetrarle y comprenderle, perderse en aquel océano de ideas, en aquel diluvio de pensamientos y descifrar su simbólico sentido. Puede ser que en el misticismo de sus *autos sacramentales*, haya algo oculto, tal vez una doctrina esotérica se envuelva en ellos; un aguzado escarpelo quizá encontraría tesoros que nadie ha visto, que ninguno ha sospechado; podría suceder que bajo la negra sotana del sacerdote se descubriese la túnica del filósofo, tras la unción del creyente, la ironía del

escéptico, entre la pompa de la poesía, la verdad descarnada desnuda y pura.

Y, si Victor Hugo sentía impresiones indelebiles con la lectura de Calderon, si Rojas pudo mostrarle olvidadas en algun desvan sus concepciones, facilmente sacudiria su cerebro el pesado sonambulismo de las máximas ultra-aristotélicas, bebiendo en las claras aguas de las fuentes españolas. Y bien perdonaria á sus compañeros de colegio, el trato cruel, al sentir ligada su alma de poeta con los mas altos ingenios de nuestro suelo.

Habíase acostumbrado Victor Hugo á aquella vida de soledad, de clausura, de recogimiento, de oracion; á aquella vida exclusivamente propia de los españoles que habian estado regidos por el cetro de la casa de Ausburgo y que desde el monasterio habia salido reglamentada y fija para estenderse á todas las instituciones y clases de la sociedad.

Niño aun, las sombras del monacato habian cubierto los reflejos de su infantil alegría, cuando los gemidos de las derrotas y la huida de José I, llegaron á anunciarle que habia sonado la hora de abandonar á España en pos de las águilas francesas.

Aquel espíritu tempranamente sombrío y ascético, aquella frente nublada, aquellos ojos que habian visto un pais en que peleaban ejércitos de frailes, armados de cruces y de hoces, que tenian por cuarteles y fortalezas conventos de formidables muros; aquella criatura que habia cruzado largos eriales, yermos campos, en cuyos confines solo se divisaba la cúspide de la torre de una iglesia; que atravesaba ciudades en donde no se oía mas ruido que el cántico de los sacerdotes, el doble de las campanas; aquella alma llena de ternura que habia mirado siempre delante la grave figura del clérigo, maestro y amigo, confesor y juez, médico y verdugo, á un tiempo mismo, debió sentir un arranque de alegría febril al romper las cadenas de la *cárcel-convento*, en que una política fatal habia convertido la gran nacion española.

Hallóse en Francia Victor Hugo, y vió como se derrumbaba el imperio entre cuyas escandalosas guerras habia nacido, y como sustituia al vertigo de las conquistas y á los laureles del triunfo, la calma de la monarquía borbónica. Y cuando ya lanzado en las regiones de la poesía, comenzó á concebir y formular sus primeros pensamientos, encontró la barrera insuperable que le oponia la censura de Carlos X. Coartar la libertad del pensamiento á los que viven de él, decir á la idea que pugna por traducirse en caracteres: no pases adelante, muere ahogada dentro del alma: será fácil empresa para los déspotas, pero imposible, insuperable obra para el que se siente libre en la esfera de su entendimiento.

El espíritu no se prende, ni se tortura, ni se ahoga, ni se evapora, ni se desvanece. Hiende las etapas del tiempo, los límites del espacio, vuela, sube, se sobrepone, vive, se rebela y lucha.

El pensamiento de Victor Hugo se rebeló contra la ley injusta y se puso frente á frente de la censura, tirano mas terrible de las sociedades modernas que los señores del mundo antiguo.

Entonces hirvió su cerebro; y de las espumas y vapores, del fuego juvenil, alzaronse los fantasmas inquisitoriales y las sombras víctimas de los calabozos de España. Abrió sus páginas la historia, y le descubrió

la laguna de sangre en que sobrenadan las mas ilustres víctimas. Allí están los Bórgias pesando como el hierro candente sobre la Italia. Los Ausburgos aplastando como el plomo frio de las tumbas, la heroica nacion española. Allí tienen lugar Isabel de Inglaterra, Margarita de Borgoña, Catalina de Médicis. Y Victor Hugo dijo: no somos nosotros miseros cantores quienes debemos callar; no es el pensamiento el culpable condenado á eterna esclavitud, quien morir debe; ley tiránica, injusta censura, fuera tus mordazas.

No fué muy larga la pelea: en 1830 la censura costaba el trono á Carlos X; al rey que habia dicho al pueblo francés reunido en el campo de Marte: no he venido á recibir lecciones sino homenajes.

Mas, cuando el genio de la historia alzaba el dedo diciendo á la posteridad: aqui fué un trono: el genio del arte levantaba sus alas exclamado: me siento renacer con nueva vida.

En verdad que en aquellos dias, la escuela ultra-aristotélica que habia imperado en el teatro francés desde Crebillon y Corneille, y últimamente fria y plagiadora adormecia al público, llevaba un golpe mortal y avergonzada cedia el cetro á los Dumas y Victor Hugo que alcanzaban asombroso triunfo.

Cierto que despues de estos géneos, poco ó nada digno ha producido la literatura dramática en Francia, y lo que es peor en manos de las medianías á venido á crear una escuela detestable que tanto la crítica como la moral deben combatir, pero lo que se ha conocido con el nombre de romanticismo, el teatro que ha comovido y entusiasmado á Europa durante treinta años ¿es digno de desprecio?

He aquí el momento oportuno de examinar esta cuestion.

Por mucho que se haya discutido, y hablado, por largas y concienzudas que hayan sido las discusiones entre los bandos clásico y romántico, por profundos y sábios que se consideren los paladines que han tomado parte en estas contiendas literarias, tenemos la creencia de que aun no ha sido pronunciada la última palabra ni formulado el último juicio en tan debatida y á veces ágría y maleficiada cuestion.

Nosotros sin pretender imponer nuestras ideas, muy lejos de eso, ansiosos de hallar una pluma que las rectifique y las purgue de error, vamos á emitir el producto de las reflexiones que nos sugiere el humilde entendimiento de que estamos dotado, y del cual no podemos enorgullecernos mal que nos pese, creyendo solo que no serán perdidas del todo ni completamente nulas para favorecer la buena inteligencia y justa apreciacion filosófica del romanticismo.

Siendo un hecho que esta escuela no quedó reducida al teatro francés, sino que trascendió á los demás teatros de Europa y por consiguiente al español; oportuno creemos, para evitar lo dilatado del asunto, circunscribir nuestra crítica á España, sin entendernos con los extranjeros. Y siendo en España el crítico que con mas empeño, con mas profundidad de miras, con mas erudicion, y con mas vehemencia ha atacado el romanticismo, el ilustre cuanto sábio Lista, por la importancia que sus palabras tienen necesariamente para el estudioso y la influencia magistral que en todo entendimiento ejercen, aunque llenos de respetuosa considera-

cion hacia su nombre, vamos, seguros de que no cabe vanidad alguna en atacar el error, ni galardón cuando de tan docto crítico se trata, á fijar la atencion sobre puntos que dan lugar á equivocadas apreciaciones, las cuales creidas en boca del maestro, forman la preocupacion, para el porvenir, en el discípulo.

Resumiendo cuanto sobre el romanticismo tenia escrito, el eminente Lista, decia: «El actual drama francés, llamado vulgarmente romántico, pinta el hombre fisiológico como el de Atenas, sin someterse á sus reglas: falsea la moral universal civil y política del género humano, supone que el hombre no puede luchar con sus pasiones, y no le deja mas opcion que satisfacer sus deseos á cualquier costa ó suicidarse. Es, pues, contrario á los sentimientos de la civilizacion actual, no cumple con sus exigencias, y caerá apenas dejen de sostenerlo el capricho y la moda. A esto se reduce la gran cuestion del romanticismo.»

Frágil, á nuestro pobre entender, y errada en un todo parécenos la acusacion primera del impugnador: pintar el hombre fisiológico, es decir, el hombre entregado á sus pasiones sin freno, no solo es una verdad moral sino artística: comprueba lo primero, no tanto la antigua filosofía estóica, que tenia por fin destruir al hombre como entidad fisiológica, sino el Evangelio mismo que encarna una doctrina moral y social para el refrenamiento de las pasiones, y que dibuja con vívidos y terribles colores el estado de perturbacion á que conduce su vida el hombre abandonado á la plenitud de sus deseos. Comprueba lo segundo la existencia del teatro griego, si bien en este, el destino, mas bien que la libertad moral, impulsan la pasion. Esta circunstancia del destino, no debe atenuar en nada la responsabilidad humana, si se considera que es un recurso hallado por la conciencia para disculpar los actos que dañan, atribuyéndolos á una causa externa. Lo que es verdadero y artístico no puede ser repugnado en literatura: y solo resta saber si es ó no conveniente su pintura para la sociedad moderna. ¿Escribiendo para una sociedad cristiana, que guarda en su seno principios inalterables de moral, los cuales han de contrarrestar los impulsos fisiológicos de la perversion pasional, ¿qué peligro puede haber en presentar un tipo, odioso siempre como ejemplo latente pero aborrecible del mal? ¿Será que un alma educada en los principios del bien, sea impunemente seducida por el mal? Esto seria declarar impotente la moral en la lucha. Esto seria confirmar que una vez apoderado el vicio del corazón no habia posibilidad de arrojarlo de él. Y si se nos objeta que este argumento da fuerza á los que sostienen que por eso mismo no es verdadero pintar un ser sin dique á sus propias pasiones, en el drama, responderemos que es muy cierto que, el principio del mal no predomina siempre en el corazón, pero el poeta que se propone desenvolver un hecho, una circunstancia de la vida en cortas páginas, en brevísimo tiempo, no está obligado á dar á conocer todas las fases y evoluciones del corazón humano en un acto ó circunstancia particular. Debe eso exigirse al moralista ó al filósofo, mas no al poeta. Pero los que no han querido considerar

bajo este punto de vista la cuestion, fíjense en una cualidad del teatro romántico, calificada ciegamente de funesta é inmoral, y á poco que la examinen sacarán contrarias consecuencias. Hase dicho y repetido hasta la saciedad; supongamos que nada nos importe el tipo del ser puramente fisiológico; supongamos que nada en él perturbe ni dañe; ¿es por esto menos nocivo el romanticismo? ¿Y ese afán de exponer la virtud arrollada; ese deseo insólito, inaudito, de ofrecer el vicio triunfante y la bondad escarnecida? A primera vista este argumento parece verdadero é incontestable; mas apenas se le analiza razonadamente, como el falso metal en la piedra, se desvanece. Preciso es comprender el corazón humano, y hacer abstracción de falsas ideas, para conseguir desarmar la preocupación y el error. Gravísimo es el que encierra esta pobre inculpación. El ejemplo mas alto, mas verdadero, mas bello, de virtud, es el que guardan las páginas sublimes del Evangelio. Dios muriendo en la Cruz por salvar la humanidad. Nada que á este ejemplo se sujete puede dejar de ser grande, bello, verdadero y bueno. El hombre sacrificándose por la virtud, por el bien, la virtud hollada, escarnecida, el martirio continuo, presentado en el teatro, será una idea grande, bella, buena, verdadera, cristiana y moralizadora. Con ella se depurarán todos los sentimientos, se hará entender al hombre que debe ser bueno por el solo placer de serlo, sin ambicionar premio. ¿Qué significa ser virtuoso por la esperanza de conseguir una recompensa? ¿Podrá darse pensamiento mas inmoral? El día que falte esa recompensa la humanidad puede ser mala. ¡Digna y evangélica moral! ¡triste exigencia de los ofuscados que han pedido á los autores románticos premios á la virtud, como un educando pudiera hacerlo al maestro de escuela de su lugar.

Con lo que acabamos de exponer puede venirse en conocimiento de que ha cabido error y craso en apellidar *teatro fisiológico* al *romántico*, como lo hubo y no pequeño en darle este último nombre que en nada le conviene. No, no puede llamarse fisiológico el teatro, que al frente del ser guiado por sus propias pasiones y responsable por consiguiente á los ojos de una sociedad cristiana de sus actos todos, sin disculpa del destino, pugna desesperado con otro ser que halla sus fuerzas en la noción del deber moral aunque los resortes de sus actos sean movidos por pasiones tambien, si estas pasiones se dirigen al bien moral remontándose sobre la esfera de una vida degradada. El romanticismo lo que ha hecho es *autonomizar* la pasión, presentarla como una idea que pugna con otra idea, y si el triunfo ha sido de la mala, esto es una cuestion puramente terrenal; el bueno segun la fé religiosa será recompensado en el cielo.

«No me mueve Señor para quererte
El cielo que me tienes prometido....»

Hasta en este soneto de autoridad incontestable, está defendida, la tesis que sostenemos. Si el cristiano en la práctica del bien no debe esperar recompensa terrenal, es importuna exigencia la que se hace á los románticos pidiéndoles providencia para sus personajes. En cuanto al quebrantamiento de las reglas aristotélicas, ni las

que se tienen por tal son obra de Aristóteles, sino comentario posterior añadido, ni el mismo Lista se queja de esto; rancios y exclusivistas literatos son los que han pretendido sostener las reglas inútiles é inoportunas que las literaturas libres y espontáneas han siempre desdeñado.

Si tenemos presente la precipitación con que los cronistas de la edad media escribían, no se estrañará los anacronismos, la falta de análisis, los errores, las fábulas, y el método *ad narrandum* que siguieron en sus obras. Así que al desarrollarse el espíritu analizador de esta época, al aplicar la crítica filosófica á la historia, nos hemos encontrado en la necesidad de comentarla, explicarla, y examinarla bajo un punto de vista mas elevado, y á la luz de la filosofía hemos visto caer grandes figuras colocadas en altos pedestales, al par que salir de las tinieblas otras que el descuido y la ignorancia habían confundido y aherrojado en las sombras del olvido. La razón y los documentos incontestables que han venido en auxilio de una crítica esclarecedora han traído consigo no solo un conocimiento mas exacto del pasado, sino completa modificación de opiniones arraigadas que sobre los puntos históricos mas oscuros y difíciles existían. Esta revolución histórica debía naturalmente dejarse sentir en la literatura moderna. Y esto hará comprender como el *romanticismo* haciéndose eco de esta nueva manera de ver y juzgar los personajes y sucesos, debía reflejarla, y aun es disculpable que en la fantasía del poeta se abultasen un tanto mas de lo que la verdad exigía. ¿Por qué, pues, á lo que la historia nos dice hoy y debemos creer, cuando la galana imaginación del poeta le ha dado vida, queremos repugnarlo y suponerlo falso? ¿La sombría figura de Angelo, de Lucrecia, de Margarita, son por ventura mas simpáticas en la historia que en el drama? ¿Que fundamento pues, tiene la acusación, por demás bastarda é ilusoria de que los románticos son creadores de monstruos que jamás la historia ha pintado? Yaunque así se considere ¿cuando ha sido negado al poeta el derecho de abultar y aun subordinar al pensamiento capital de su obra un personaje ó un suceso histórico? ¿Qué figura histórica verdaderamente grande, bella, buena, filosófica y artísticamente considerada, se ha visto ajada y deslustrada en el teatro romántico?

De seguro no hallaremos ningun acusador veraz, á menos que creamos á los apasionados ya de un partido político, ya de la autoridad histórica, enemigos de todo examen equitativo, que jamás deben tomarse por jueces en asuntos de esta índole. Mas, comprobando precisamente la opinion que nosotros combatimos, decia el sábio Lista: ¿quién conocerá en el badulaque del Hernani al gran Carlos V? Prescindiendo aquí de la magnitud moral del César, es lo cierto que en el drama de Victor Hugo entra este personaje como parte muy secundaria, y sin que el poeta haya pretendido calcarlo como carácter histórico; drama el Hernani, en el cual solo quiere el autor diseñar un cuadro de costumbres caballerescas del siglo XV, haciendo resaltar el antiguo honor castellano, no hay en él un solo per-

sonaje que carezca de verdad histórica. Carlos V. es jóven; un devaneo amoroso, justificado, toda vez que la historia dice haberlos tenido en su juventud, le hace tomar parte en la intriga del drama; cuando queda elegido Emperador de Alemania, cuando los altos negocios de Estado, le hacen despertar de aquel sueño de amor; ¿que hay de pequeño, de *badulaque* en él? ¿No abandona su empresa indigna de un monarca, y lleno de generosidad perdona á los conjurados? ¿No es grande en aquel momento el César de Victor Hugo? Un ciego inculpador del romanticismo no podrá negarlo. Y si para el objeto que nos proponemos fuera necesario recorrer la escala completa de los personajes creados por el romanticismo, con ligeras escepciones que nada prueban en contra de nuestro aserto, veríamos lo vago y efímero de este cargo que solo pensando muy de ligero en esta ocasion pudo ser parto del ilustre sevillano á quien tanto deben las letras españolas. Pero aumenta su severidad aun, cuando dice que el romanticismo falsea *la moral civil y política* del género humano. No creemos nosotros que á tanto alcance la influencia, por perniciosa que sea del teatro, y en ninguna época, ni en circunstancia alguna, puede presentarnos una prueba que plenamente justifique tan aventurado pensamiento. Y en el caso de que quisiéramos transigir con él concediendo ese poder, esa acción trastornadora al teatro romántico, analizaríamos antes las causas que la motivaran, y sus posteriores resultados. En cuanto á las primeras no veríamos en el romanticismo sino el reflejo pálido de su época, condicion inherente á toda literatura, y no es esta culpable si alcanzó un tiempo de corrupción política inaugurado por Napoleon y seguido hasta Luis Felipe: y en cuanto á los segundos, en nada vemos justificado el tenebroso pensamiento de Lista, pues moralmente la sociedad civil ha mejorado en mucho desde los primeros ensayos del romanticismo hasta nuestros días.

Que este género literario fué sostenido por la moda y el capricho, no pasará nunca de ser un verdadero capricho del que así quiso creerlo, pues aun los dramas mas conocidos y hasta aprendidos de memoria por el vulgo, entusiasman á la multitud al ser hoy representados. Estamos seguros que la posteridad al hacer justicia, no podrá nunca perdonar el dicho de Lista, de que eran preferibles los disparates de Comella á los dramas de Victor Hugo y Dumas.

Extraño y en todas maneras importuno habrá parecido. á los que hayan fijado la vista en el primer epígrafe de este artículo, los larguísimos párrafos en que hemos dejado correr la pluma, sin que una sola palabra nuestra, haya dado margen á creer que, podíamos ocuparnos de la última producción del autor celebrado de Nuestra Señora de París.

Pero si se nos permite añadir unas cuantas líneas, á lo que antecede, resumiremos en estos términos que harán comprender nuestro propósito.

Debemos tener entendido que si en el siglo de Luis XIV brillan en la escena francesa un Quinault, un Scarron, un Rotrou, un Moliere, y un Corneille, cuyos nombres encumbra la fama, estos grandes ingenios,

se habían inspirado en las obras de los españoles Vega, Castro, Moreto, Alarcon, y sus émulos. Y cual si la literatura española fuese el manantial vivificador de la francesa, y la tradicion artística no sufriera interrupcion, al decaer la escuela galo-clásica, el génio de Victor Hugo, aprisionado en el colegio de nobles de Madrid, vuelve á encontrar en las obras de Calderon, Méscua, Solís y Rojas, la luz que torna á iluminar el teatro francés, y que trasciende al italiano y al español; donde una pléyada de ilustres vates crean obras imperecederas, que resistirán el soplo destructor de los siglos, por mas que eminentes hombres las hayan creído efímeras. Teniendo presente que la Alemania, de mucho tiempo atrás, traducía y representaban nuestras comedias antiguas, y que Lessing y Schiller las han estudiado, comprenderemos como en el siglo diez y nueve el teatro europeo, se auna, teniendo por punto de partida el español, y se presenta á los ojos del mundo regido por una misma escuela y un fundamento mismo.

He, ahí, encontrado el hilo primero de la union de los pueblos; he, ahí, como la literatura comienza á hermanar los distintos países que un día serán regidos por unos mismos códigos é iguales principios efectuando la gran unidad política, optacion de la ciencia, que no es otra cosa que la eterna conciliacion; como á la consecucion de tan magno fin ha ayudado esa literatura, llamada romántica, hija natural del suelo español, defendiéndola, nos prometemos haber prestado un servicio al arte; cuando tan desfavorables juicios ha formulado la pasion ciega y que la rectitud de miras rechaza. No ha tenido por mision atacar los tronos, ultrajar el sacerdocio, ensalzar la ambicion, exaltar el desenfreno, y canonizar el crimen, negamos y proscribimos en nombre del sentido comun de la Europa entera que ha aplaudido con entusiasmo, y de los altos ingénios que cultivaron ese género literario, lo grave de tan impía acusacion, y recusamos incompetentes jueces, ante el fallo del gran tribunal de las naciones mas cultas y civilizadas. No es culpa de los autores, si vosotros temblábais al escuchar sus versos armoniosos, ni si el pánico os impulsaba á provocar las mordazas de la censura, ó las iras de la prohibicion; no es culpa de los autores que interpretaban los sentimientos de los pueblos, y las ideas del siglo, que vosotros no supierais calmar la efervescencia de los ánimos sino con la cárcel y el destierro; no son en fin, responsables los poetas de que la Providencia vele por el Progreso de la Humanidad, y vosotros querais oponeros ¡miseras criaturas! á los decretos del cielo.

Ni tampoco es voluntad de los creadores de escuelas literarias, que estas degeneren y sucumban; esta es ley, universal que rige cuanto vemos sobre la tierra.

La escuela romántica degenerada en Francia hasta el extremo de ser despreciables sus últimos partos, habia ya sucumbido en España, y dado lugar á otra que puede calificarse de *humanitaria*, por que encarna doctrinas evangélicas y tendencias conformes al espíritu actual de la ciencia. Y, he aquí á España nuevamente, siendo la regeneradora del arte.

Garcia Gutierrez, Ayala, Eguilaz, son las lumbreras de esta nueva escuela.

La manifestacion literaria tiene ya un carácter cosmopolita por que aspira á ser entendida por todos los pueblos así á los primitivos y elocuentes tonos del arte nuevo español, responde, allá desde una isla del océano, el canto sublime de un desterrado.

Aquel que niño gimio lejos de su patria en el colegio de nobles de Madrid, aquel Victor Hugo creador de la escuela romántica, hoy moribunda, mejor dicho, muerta, es el anciano desterrado de Jersey. El armonioso cisne ahuyentado por el astuto cazador del Sena, ha cantado en los tristes bosques de la isla y su canto ha sido escuchado por el mundo absorto. Es el canto de la verdad.

«Eres el mismo Dios verdad divina.»

Habia dicho Lope de Vega, y nosotros al hallarnos con los *Miserables*, antes de abrir sus hojas, llenos de asombro, exclamamos: ¡páginas sagradas porque sois buenas, grandes porque sois verdaderas, inmortales porque sois bellas, si, reflejo del santísimo Evangelio, encerrais el código de vida de la humanidad, si sois terrible maza contra la opresion, pertenecéis á la nueva literatura que tiene por patria el mundo, por autor los pueblos, y por fin la felicidad humana.

¡Salud último libro de Victor Hugo!

FEDERICO UTRERA.

CERVANTES Y LOPE EN 1605.

CITAS Y APLICACIONES RELATIVAS A ESTOS DOS
ESCLARECIDOS INGENIOS.

Dos escritores jóvenes, de privilegiado talento los dos y erudicion copiosa, los Sres. D. Nicolás Diaz de Benjumea y D. Francisco Maria Tubino, se ocupan hoy en examinar el *Quijote*. El Sr. Benjumea tiene ya publicado un precioso opúsculo con el título de *La estafeta de Urganda*, y el Sr. Tubino acaba de sacar á luz otro acerca de éste. Por si pueden servir de algo á cualquiera de los dos ilustradores de Cervantes las observaciones que recientemente me ha sugerido la lectura de ciertas obras de Lope de Vega, doy á la estampa estos desordenados apuntes, cediendo á las instancias que un amigo me ha hecho.

Lope Félix de Vega Carpio, que nació en Madrid á 25 de Noviembre de 1562, tenia escritas, al cumplir los cuarenta y tres años, además de un considerable número de comedias, las obras siguientes, entre otras que no es necesario citar aquí.

ISIDRO, POEMA CASTELLANO DE LOPE DE VEGA CARPIO.... *Secretario del Marqués de Sarria*: libro impreso en Madrid el año de 1599, que contiene en los preliminares un soneto del mismo Lope, dirigido al Rey D. Felipe III, y diez composiciones poéticas en elogio del poema, entre ellas una décima escrita por una doña Isabel de Figueroa, dos quintillas de una doña Marcela de Armenta, y dos redondillas del Marqués mismo de Sarria, en la última de las cuales compara hiperbólicamente á su secretario con Dios. (1)

En el prólogo del *Isidro*, que en la reimpression de D. Antonio Sancha (*Obras sueltas de Lope*, tomo 11) ocupa solo cinco páginas y pocas líneas de la sexta, incluyó Lope quince textos latinos entre cortos y extensos, uno italiano y otro portugués. Pueblan las márgenes del poema otros textos y citas, en latin tambien casi todo; y, colocada al fin, la tabla de autores y libros citados (*para exornacion de la historia*, segun se dice) comprende 266 artículos. Tuvo, pues, el poe-

(1) Véase como:

Tan alto alzastes el vuelo,
cantando á Isidro, que vos
haceis que el santo de Dios
hoy suba otra vez al cielo.

Y por haberle subido
queda, historiador sagrado,
Isidro mas estimado,
y vos á Dios parecido.

ma de San Isidro un marqués y dos damas que lo celebraran en verso, y salió con gran aparato de erudicion latina.

En el año de 1602 publicó Lope en Madrid otros dos poemas, *La hermosura de Angélica* y *La Dragon-tea*, y con ellos dos partes ó colecciones de *Rimas humanas*. Elogiaron la *Dragon-tea*, el Duque de Osuna con un soneto, y Cervantes con otro, uno de los mejores que de él conocemos, circunstancia que prueba que en el año de 1602 Cervantes y Lope vivian en amigable correspondencia.

La hermosura de Angélica sacó diez y siete composiciones poéticas en su elogio, impresas al principio, y seis á lo último: cuéntanse entre ellas dos quintillas, obra del príncipe de Fez, un soneto del Marqués de la Adrada, dos redondillas del Conde de Villamor, dos quintillas del Conde de Adaquaz, una décima de doña Isabel de Figueroa, cuatro quintillas de doña Catalina Zamudio, dos redondillas de una *Lucinda* sin mas nombre ni sobrenombre, y otras dos redondillas de Lope á *Lucinda*.

En alabanza de las *Rimas humanas*, una doña Isabel de Rivadeneira escribió un soneto, y una *Camila Lucinda* otro.

Lucinda y *Camila Lucinda* eran indudablemente la misma persona, porque el soneto de Camila Lucinda en elogio de las *Rimas* de Lope concluye así, aludiendo á los versos del ingenio Fénix:

Por ellos corra mi memoria asida;
que si vive mi nombre con tu fama,
del alma igualará la inmortal vida.

Y desde el soneto XII, en que principia á leerse el nombre de *Lucinda*, hasta el soneto señalado con el número CLXXV, á cada paso se leen expresiones amorosas dulcísimas, dirigidas á *Lucinda* por el autor. La dama encubierta con el nombre de *Lucinda* ó *Camila Lucinda* fué amada de Lope. Ella propia, con mayor claridad aun que en el terceto arriba copiado, lo dijo en estas redondillas, impresas entre los elogios de *Angélica*:

Subís de suerte á los cielos
á Angélica enamorada,
que, con saber que es pintada,
he venido á tener celos;
y pues es fuerza envidialla,
de vos formaré querella,
pues que pensastes en ella
lo que duró el retratalla.

Quejas que Lope satisfizo en igual número de versos, diciendo á la dama celosa:

No volvais mi canto en lloro,
una pintura envidiando;
que me volvereis Orlando,
habiendo sido Medoro.
Volved á estar bien conmigo;
pues nunca me ayude Dios,
si no he sacado de vos
cuanto de Angélica digo.

Bien excusados melindres eran los de la señora Lucinda, y pudo Lope abreviar la contestacion, diciéndole sencillamente que volviese á leer las primeras octavas de aquel poema; pues, en efecto, treinta y dos versos nada menos empleó en una invocacion á los ojos de una dama ausente, que debió ser la misma Camila, una vez que no se mostraba celosa de ella. En *él ardiendo*, dice Lope, esto es, en *el fuego de vuestros ojos*...

En *él ardiendo* aquel humilde ingenio
Que os consagré desde mis tiernos años,
... propios y extraños
Oirán cantar en disfrazado velo

La hermosura mayor que ha visto el suelo.

Lope habia envidiado en 1558 de su primera mujer, doña Isabel de Urbina, y parece que no se casó con doña Juana de Guardio, su segunda consorte, hasta el primero ó segundo año [del siglo XVII. Camila Lucinda no pudo ser doña Isabel, que no existía ya cuando Lucinda elogiaba el poema de Angélica; creemos que tampoco era doña Juana de Guardio, por lo que diremos despues.

En el mismo año de 1602, en que salió á luz *La hermosura de Angélica*, publicó tambien Lope en Madrid una novela pastoril, titulada *La Arcadia*, con trece composiciones poéticas en alabanza de la obra, una de ellas de doña Marcela de Armenta.

En 31 de Diciembre de 1603, hallándose Lope en Sevilla, dedicó á D. Pedro Fernandez de Córdoba, Marqués de Priego, la obra que intituló *El Peregrino en su patria*, novela distribuida en cinco libros, que contiene cinco autos sacramentales y otras composiciones en verso, entre las cuales notablemente se distinguen

una epístola en tercetos á una Lucinda, residente en Sevilla, como la Camila Lucinda tan celebrada en las *Rimas* de Lope, quien en el soneto xii habia dicho, hablando con el Guadalquivir, *Bétis*, en lenguaje poético:

...Si pusiere en tí sus piés Lucinda,
no por besallos sus estampas cubras;
que estoy celoso, y voy leyendo en ellas.

Ambas Lucindas parecen una; y si no hubo más que una en verdad, importantísima para la biografía de Lope de Vega es la noticia que se deduce de estos tercetos:

No suele el ruiseñor en verde selva
Horar el nido de uno en otro ramo
de florido arrayan y madre selva
Con más doliente voz que yo te llamo,
ausente de mis dulces pajarillos,
por quien en llanto el corazón derramo.

Lucinda, sin tu dulce compañía,
y sin las prendas de tu hermoso pecho,
todo es llorar desde la noche al día.

El personaje que en la novela del *Peregrino* escribe esta carta, es un caballero llamado Jacinto, que se supone era poeta, espresándose así al fin de la epístola:

Tú, si mejor tus pensamientos domas,
En tanto que yo quedo sin sentido,
Dime el remedio de vivir que tomas...

Donde, si espero de mis versos fama,
A tí lo debo; que tu sola puedes
Dar á mi frente de laurel la rama,
Donde muriendo vencedora quedas.

Apesar de que en *El Peregrino* el héroe parece representar la persona de Lope, aquí parece que Lope no se halla en la figura del Peregrino, sino en la de Jacinto. De los sonetos laudatorios que preceden al prólogo de *El Peregrino* el último es también de Camila Lucinda; y si ella y la Lucinda de los tercetos no fuese una misma mujer, bien hubiera cuidado la elogiadora de no escribir con ese nombre, con el cual habia de achacársele que tenia hijos de Lope: pues no otra cosa dan á entender los *pajarillos* y *prendas del pecho de Lucinda*, que se mencionan en los tercetos. A todo esto, no consta que existiesen hijos de Lope á fines del año 1603, cuando estaba ya impresa la novela de *El Peregrino*, porque la única hija de doña Isabel de Urbina, habia muerto muchos años antes, y los otros cuatro hijos que se le conocen, dos de matrimonio y dos fuera de él, aun no habian nacido. Quédese aquí por ahora este punto sin ventilar, y dígame algo de la primera edicion de *El Peregrino*, que ya es muy rara, y han de recaer sobre ella diferentes observaciones.

El Peregrino en su patria, primera edicion, es un libro en 4.º, del cual he podido registrar dos ejemplares, el uno con 263 folios y el otro con 264: los dos tienen en el folio 263 vuelto la nota siguiente: «Impreso en Sevilla, por Clemente Hidalgo. Año 1604.» El un ejemplar, que es del Excmo. Sr. D. Agustin Duran, concluye en esta hoja; el otro, propio del Sr. don José Sancho Rayon, tiene otra hoja, la cual ocupan tres sonetos encomiásticos. La portada del libro está grabada en cobre y representa un plano en el fondo con el título de la obra; dos pilastritas á los lados, sobre las cuales corre una ligera cornisa desde la una á la otra: delante de las pilastras, en su parte inferior, hay dos pedestales: en el de la derecha se ve un peregrino con un bordon en una mano y apoyando la otra en una áncora: sobre el pedestal de la izquierda, la figura de la Envidia en actitud de querer atravesar un corazón con una daga: entre ambos pedestales, y sobre la línea de tierra, descansa el célebre escudo de Lope con diez y nueve torres. Sobre la cornisa de las pilastras se alza un frontis caprichoso: por encima del frontis se alcanza á ver un pedazo de monte, y está sobre él en actitud de volar el caballo Pegaso. Detrás del caballo ondea una gran cinta con este letrero: SEIANVS MICHÍ (1) PEGASVS: en el pedestal de la Envidia estas tres palabras: *Velis nolis Invidia*, y en el del peregrino estas cuatro, que completan la frase: *Aut unicus aut peregrinus*. En el letrero del caballo indudablemente quiso hablar el autor diciéndonos: *El caballo Pegaso ha sido para mí el caballo de Seyano*: bien sabido es que todos los dueños del tal caballo murieron desastrosamente. Entre las leyendas de los dos pedestales faltan un nombre, ó un pro-

nombre, y un verbo; pero están suplidos por el escudo de Lope de Vega, que equivale á las palabras *Lupus est ó Ego sum*: de manera que todo junto debe querer decir: *Envidia, quieras ó no quieras*, Lope es (ó yo soy) *ó único ó muy raro*, ingenio, se supone. En la plana quinta principia la dedicatoria de Lope al Marqués de Priego, donde escribió esta notable cláusula: «Si á tan peregrino príncipe y bienhechor mío no he podido dar peregrinas grandezas, hèle dado á lo menos *desdichas peregrinas*, hábito que me vistieron el tiempo y la fortuna en los brazos de mis padres.» En el ejemplar del Sr. Rayon ocupa la séptima plana un retrato de Lope, grabado en madera; rodéale un marco: de la parte inferior del marco pende el escudo de las diez y nueve torres; en la superior hay una calavera coronada de laurel, y detrás una cinta con este lema: *Hic tutior fama: aquí* (en la calavera, en la muerte) *está más segura la fama*. Al rededor del marco se lee dividida en tres partes esta sentencia: *Nichil (1) prodest—Adversus invidiam—Vera dicere*. Demosth. ex 2.º Epist. (Contra la envidia, de nada sirve decir la verdad.) Debajo del escudo este otro texto: *Quid difficilius, quam reperire quod sit omni ex parte in suo genere perfectum?* Cic. in Laelium. (¿Qué hay mas difícil que hallar cosa en su género del todo perfecta?) A la espalda un soneto al Marqués de Priego, escrito por su médico, D. Pedro Fernandez Marañón. Esta hoja falta en el ejemplar del Sr. Duran; en el del Sr. Sancho Rayon se conserva. Las poesías laudatorias del *Peregrino*, en el ejemplar que lleva el retrato de Lope, que parece el completo, llegan á doce; en el ejemplar sin retrato no son más que once: las nueve ó las ocho son sonetos, las tres restantes son versos de ocho sílabas: en el soneto último vuelve á parecer Camila Lucinda. Hemos visto que en la portada se presenta Lope como desafiando á la envidia: D. Francisco de Quevedo en su soneto al *Peregrino* dice:

La envidia su verdugo y su tormento
hace del nombre que cantando cobras,
y con tu gloria su martirio crece.

En el soneto de un D. Antonio Ortiz Melgarejo se lee:

Y á pesar de la envidia y del secreto
olvido, durará siempre extendida
su fama y canto y peregrina historia.

Lope mismo escribe en el prólogo: «Todos reprehenden; mas no dan la causa... que ya se juzga ó por envidia ó por malicia ó por ignorancia.» Y más adelante: «Si algo agrada comunmente, alaban el natural del dueño, niegan el arte. Pues ¿qué importa (cuando eso no fuera rebozar la envidia), habiendo dicho Tulio que muchos, *naturam ipsam sequuti, multa laudabilia fecerunt?*» Dice Lope despues que algunos leen sus escritos con afición en Italia, Francia y las Indias, donde no se atrevió á pasar la envidia: por último, añade que la fama se obtiene con el trabajo, no con la infame murmuración y la envidia detractora. La envidia de sus émulos traía tan desazonado á Lope cuando escribió el prólogo de su *Peregrino*, que se le escapó de la pluma esta incomprensible expresión: «Yo no conozco en España tres que escriban versos: ¿cómo hay tantos que los juzguen?» A lo cual se le hubiera podido muy bien replicar: «Siete ú ocho te han elogiado en verso tu *Peregrino*: ¿cómo desconoces los versos de los que te alaban y que son mas de seis?» De su fortuna y de sus desdichas se lamentó Lope en la dedicatoria al Marqués de Priego; de ellas vuelve á quejarse en los versos que inmediatamente preceden á la novela, diciendo por boca del mismo Peregrino:

Patria, adios: pues sois discreta,
quedemos en paz los dos;
que si es palabra de Dios
que nadie es en vos profeta,
¿quién será profeta en vos?

Por mi fortuna me rijo;
al mundo por patria elijo,
y sólo al cielo por padre;
que ya no os quiero por madre,
si no me quereis por hijo.

Sabemos, pues, de boca ó de mano de Lope mismo, que por los años de 1603, injustamente perseguido por envidiosos, y abrumado por la desgracia, se habia refugiado en Sevilla, huyendo de Madrid, que ya no le queria por hijo. Quienes fueran los perseguidores ó envidiosos de Lope, no se nos dice; pero en las varias colecciones de poesías manuscritas de aquellos tiempos, que andan en mano de los curiosos, hay algun soneto atribuido á Góngora, en el cual se trata indignísimamente al creador insigne del teatro español;

también hay quien diga que algo antes se le habia formado causa por ciertos amores con una doña Antonia de Trillo. Amén del soneto calumnioso á que me refiero, Góngora habia escrito contra él el siguiente, cuando publicó Lope su novela pastoril, *La Arcadia*:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diez y nueve torres de tu escudo,
porque aunque tienes mucho viento, dudo
que tengas viento para tantas torres.

¡Válgante los de... Arcadia! ¿No te corres
de armar de un pavés noble á un pastor rudol?
¡Oh troncho de Mi-coll! ¡Nabal barbudo!
¡Oh brazos Leganeses y Vinorres!

No le dejes en el blason almena: (1)
vuelva á su oficio, y al rocín alado
en el teatro sáquele los reznos. (2)

No fabrique más torres sobre arena,
si no es que ya, segunda vez casado,
nos convierta las torres en torreznos.

Ya se infiere de los seis primeros versos del soneto, que Lope debió poner el escudo de sus armas en alguna edicion de *La Arcadia*; y, en efecto, en una de 1605 se ve el retrato de Lope, igual al que vemos en el ejemplar de *El Peregrino*, con el escudo de las diez y nueve torres debajo: creo que también iria en la primera edicion de *La Arcadia*, hecha en el año de 1602; pero de esta no conozco ejemplar, y sería muy conveniente encontrarlo para ver si en la portada ó en otra parte aparecía el *rocín alado*, ó sea el Pegaso, que se menciona en el soneto de Góngora; pues viéndose en la edicion de 1602 tal figura, el soneto habria sido escrito probablemente por entonces, poco despues de la publicación de *La Arcadia*; si no, aludiría al Pegaso que se ve en la portada de el *Peregrino*, por primera vez impreso en 1604: escrito el soneto en 1602, constaría por él que ya en 1602 habia celebrado Lope su matrimonio con doña Juana Guardio, hija, según algunos, de un tocinero. A tal circunstancia hubo de aludir Góngora en los dos versos últimos del soneto, y no á lo que malamente se figuró D. Casiano Pellicer en el prólogo del *Tratado histórico del histrionismo*. Góngora, pues, debió ser uno de los envidiosos que tan fuera de sí traían á Lope en el año de 1603.

En 4 de Agosto de 1604 ya se hallaba Lope en Toledo, acompañando á su esposa; y en una carta de que publicó parte el señor Baron de Schak en el Apéndice á la segunda edicion de su *Historia de la literatura y arte dramático en España*, nombra Lope á dos personas, una de las cuales no se debe contar entre los envidiosos del Fénix de los ingenios, pero por él mismo está designada como su enemigo literario: esta persona notabilísima por cierto, es Miguel de Cervantes. «Yo tengo salud (escribe Lope) y toda aquesta casa: doña Juana está para parir, que no hace menores los cuidados. Toledo está caro, pero famoso: representa Morales... hizo *La Rueda de la fortuna*, comedia en que un rey aporrea á su mujer, y acuden muchas á llorar este paso... De poetas no digo: muchos en ciérne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á D. Quijote... No más por no imitar á Garcilaso en aquella figura correctionis, cuando dijo:

A sátira me voy mi paso á paso,
cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almen-
dares, y mis comedias á Cervantes. Si allá murmuran
de ellas algunos, que piensan que las escribo por opi-
nion, desengáñelos vuesa merced, y dígaes que por
dinero.»

El Almenares que cita Lope debió ser D. Julian de Almenariz, autor del poema de *San Juan de Sahagun*; de Cervantes no hay que decir quién era. Si no tiene equivocada la fecha la carta de Lope, cuyo traslado vió el señor Baron de Schak, tendremos que notar la rara circunstancia de que el D. Quijote, no habiendo salido á luz hasta el año de 1605, y en Madrid, gozara ya de celebridad en Toledo en el año anterior; bien es que ya estaba censurado el libro y concedido el privilegio para imprimirlo á 26 de Setiembre de 1604, y así algo antes debia estar escrito. Cervantes y Lope, que en 1602 eran muy buenos amigos, no debían llevarse muy bien dos años despues: entendia Lope que sus comedias parecían mal á Cervantes, y á Lope le parecia Cervantes muy mal poeta. Lo que

(1) Vinorre era un loco: parece que Góngora, dirigiéndose á los tronchos de col, á los nabos recién arrancados y aun con sus raíces, y á los locos acostumbrados á tirar piedras como Vinorre y el bobo de Leganés, los excita á destruir el escudo de Lope.

(2) Saque al Pegaso las garrapatas con las espuelas, montando continuamente en él: esto es, escribiendo de continuo obras dramáticas.

(1) Así, con *ch*.

(1) Con *ch*.

el autor de la *Galatea* pensaba de las comedias de Lope, bien claro se ve en el cap. 48 del *Quijote* (primera parte), donde escribió: «*Infinitas comedias ha compuesto un felicísimo ingenio de estos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, y finalmente, tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y, por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren.*» Si Lope hubiese leído esto, no hubiera asegurado que sus comedias eran odiosísimas á Cervantes: como aun el *D. Quijote* no corría impreso, hubo Lope de hablar por informes equivocados; á tener manejado el libro, de otras cosas hubiera podido quejarse con más fundamento. Notorio es que el *Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha* salió á luz sin otros versos laudatorios que los que le compuso el mismo Cervantes, quien hablando con un amigo en el prólogo de su obra inmortal, y fingiéndose apuradísimo por no saber como escribir el prólogo mismo que iba extendiendo con rara discrecion y gracejo se dejaba decir: «¿Cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años, como há que duermo en el silencio del olvido, (1) salgo ahora con una leyenda seca como un esparto... falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes, y sin anotaciones al fin del libro, como veo que están otros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? Pues ¡qué, cuando citan la Divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia: guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraído, y en otro hacen un cermonico cristiano, que es un contento y un regalo oírle ó leerle. De todo esto ha de carecer mi libro; porque ni tengo que acotar en el margen, ni menos sé qué autores sigo, para ponerlos al principio, como hacen todos... También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celeberrimos; aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo se que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.»

Sobre esta larga cita, lo primero que me ocurre observar es que si Cervantes asegura no saber quiénes son los autores que sigue, forzosamente debió nacer de que su pobreza no le permitía poseer ni aun libros tan comunes y tan baratos como las *Fábulas de Fedro* y los dísticos atribuidos á *Caton*, que citó en el mismo prólogo erradamente. Luego afirma que todos los autores de su tiempo adornaban sus libros, aunque fuesen de entretenimiento, con la tabla de los escritores que habian consultado; y ciertamente que era general esta no vituperable costumbre; y tampoco era grave culpa recoger décimas ó sonetos de los amigos, é imprimirlos al frente de la obra nueva como ahora se imprimen en los periódicos gaceticillas ó bien artículos de plumas benévolas: comun era esto; y si Cervantes lo censuraba de veras, á muchos alcanzaba la crítica, pues el mismo Cervantes adornó con versos de otros la *Galatea*: lo que viene despues no tiene ya este carácter de generalidad.

Supone Cervantes que un amigo, deseoso de facilitarle manera de exornar eruditamente el *Quijote*, le sugiere este medio: «Para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion poniendo: El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa; y es opinion que tiene las arenas de oro.» Ahora bien, semejante á esta cita, que Cervantes apellida famosa, hay un artículo más extenso en el índice de cosas notables de la *Arcadia* de Lope, en el cual se lee: «Tajo, rio de Lusitania, nace en las sierras de Cuenca, y tuvo entre los antiguos fama de llevar, como el Pactolo, arenas de oro..... en sus postreras orillas.... entra en el mar por la insigne Lisboa.» Desavenidos Cervantes y Lope en el año 1605, puédese sin temeridad presumir que aquí aludió particularmente Cervantes á Lope, cuyos libros de *San Isidro*, *La Dragonteá*, y los

(1) Tenia Cervantes cincuenta y ocho años en el de 1605, y no habia impreso obra ninguna desde 1584 en que dió á luz la *Galatea*.

demás de que va hecha mencion, salieron tambien abundantemente provistos, segun queda expuesto, de acotaciones, apéndices y sonetos encomiásticos, obra de magnates, poetas y damas.

Al prólogo del *Ingenioso Hidalgo* siguen las célebres décimas de pié quebrado, escritas en nombre de la maga *Urganda*, por sobrenombre la *Desconocida*: la quinta décima principia así:

No indiscretos hieroglí-
estampes en el escu-;
que cuando es todo figu-
con ruines puntos se envi-.

Recordemos el escudo de las diez y nueve torres, de que tanto (y tan injustamente) se burló Góngora; y persuadiéndonos por otra parte de que la novela de Lope titulada *El Peregrino* vale muy poco, podremos para frasear esos cuatro versos de *Urganda* en esta forma: «No pongas indiscretamente como Lope, tu escudo de armas en la portada; que, en el juego de la primera, quien solamente tiene figuras, (1) que son las cartas que valen menos, mal juego hace.» O de otro modo: «No grabes tu escudo al frente del libro, no sea que no tenga otro mérito que el del grabado.»

Continúa la décima:

Si en la direccion te humi-
no dirá mofante algu-;
¡Qué Don Alvaro de Lu-
qué Anival el de Carta-
qué Rey Francisco en Espa-
se queja de la fortu-!

Direccion significa dedicatoria. Resolviendo estos versos en prosa pedestre, parece que querrán decir: «Si te humillas en la dedicatoria, ningun burlen te dirá: «¡Miren que gran hombre, ó que gran desgraciado, se queja de la fortuna! De ella se habria quejado inoportunamente algun escritor en alguna dedicatoria, dando ocasion á las burlas de los maldicientes: y ya vimos que Lope, en la dedicatoria al Marqués de Priego, afirmaba que el tiempo y la fortuna le habian vestido hábito de desdichas en los brazos paternos. *Rehuye hablar latines*, dice *Urganda* en la siguiente décima: erizado está de latines el prólogo del *Peregrino* (2) *No me alegues con filósofos*. añade mas abajo la maga, habiendo en prólogo tratado Cervantes de libros de invectivas, sembrados de sentencias de Aristóteles y Platon: Aristóteles y Platon son los primeros autores que se citan en el prólogo del *Peregrino*. (3) Más parecen que generalidades estas coincidencias: no les dará gran fuerza lo que voy á añadir; pero á los graves indicios hacen tal vez oportuna compañía las conjeturas.

En el soneto de Amadis á D. Quijote, que es el que va primero á continuacion de los versos de *Urganda*, el último terceto contiene esta jactanciosísima expresion de Cervantes:

Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

Lo de *único y solo* me parece una traduccion irónica del *unicus aut peregrinus* de Lope en la portada del *Peregrino*. *Sejanus mihi Pegasus* (el Pegaso ha sido para mí el caballo fatal de Seyano), dijo Lope tambien en la portada del mismo libro, y en el prólogo de él citó la *Metafisica* de Aristóteles: quizá por eso Cervantes, manco, viejo y pobre, sustituyó el caballo de Apolo con el del Cid, y haciéndole hablar con el de D. Quijote en el conocidísimo soneto de ambos, arguyó á Rocinante Babieca diciéndole: *metafisico estais*, y Rocinante le respondia: es que no como. (4) Verdaderamente, si las letras habian acarreado infortunios á Lope, ¿que bienes le habian traído á Cervantes ni letras ni armas? ¿Por qué Cervantes principiaria su coleccion de versos propios en alabanza de D. Quijote con las décimas que atribuyó á *Urganda la desconocida*? A

(1) Decir de un libro que *todo es figuras*, porque tiene un grabado ó dos, es otra hipérbole como la de que en España apenas habia quien escribiese versos; pero sin duda Cervantes aludia con la palabra *figuras* á las diez y nueve torres de la portada de *El Peregrino*, que, con las otras 19 al pié del retrato de Lope, componian ya treinta y ocho *figuras de blason*.

(2) Y al fin de cada libro de él hay un texto en latin en que se habla de los peregrinos, y en el cuerpo de la obra frecuentes llamadas á escritores latinos.

(3) Al princio del libro 3.º de *El Peregrino* se cita á Boecio, Séneca, Platon, Aristóteles, Ciceron y Demóstenes, y además á Terencio y á Ovidio. En el libro 4.º se nombra tambien á una porcion de filósofos y otros escritores.

(4) En el prólogo del *Peregrino* se lee: «Aristóteles dice en el primero de su *Metafisica* que la señal de saber es poder enseñar: quien sabe enseña.»

esta pregunta se pudiera, en mi concepto, contestar con esta otra: ¿Quién era Camila Lucinda? Una dama encubierta con tal seudónimo; luego, para casi todos los españoles, era una desconocida, lo mismo que *Urganda*. Pudo, pues, Cervantes por eso atribuir á otra desconocida las décimas de pié quebrado que tanto han dado que discurrir. Lope, mas adelante, difunta su segunda esposa, vuelto de fogoso galan, ejemplar sacerdote, escribió su *Laurel de Apolo*, poema en que celebró los méritos de los poetas y poetisas de España, probablemente en justa reparacion de haber sostenido en el prólogo del *Peregrino* que no conocia tres personas que en España escribiesen versos: en aquel poema, en que nombró y elogió á varias poetisas, notamos que omitió el nombre de Camila Lucinda, el de doña Isabel de Figueroa, el de doña Marcela de Armenta y el de doña Catalina Zamudio, cuyas letras, repitiendo una vez la *L*, forman el nombre de *Camila Lucinda*, si desechamos una *a*, una *o* y una *t*; si las conservamos, resulta el de *Caamila Loutzinda*. Lope, tan galan, tan agradecido tan honrador de las mujeres, ¿cómo no dedicó en el *Laurel de Apolo* siquiera un verso á cada una de estas poetisas que glorificaron sus obras? ¿Tomarian algunos admiradores de Lope nombre de mujer para hacer mas interesantes los versos que publicaban en alabanza de su amigo? ¿Escribiria el mismo Lope los que aparecen firmados por Camila Lucinda? La verdad es que son buenos, que se parecen á los de Lope, y que él, por obsequiar ó complacer á una dama, era muy capaz de esa casi inocente superchería. Admitida la suposicion por verdad, Cervantes, en los versos de *Urganda*, hubiera hecho una como parodia de los de Camila Lucinda.

Un solo paso mas, y me detendré, temeroso de extraviarme. Quizás en aquellos versos del soneto de la señora Oriana á Dulcinea:

¡Oh quién tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tu heciste
Del comedido hidalgo D. Quijote!

Quizás aquí, repito, se pudiera buscar alguna otra alusion á Camila Lucinda, que no escapó muy honestamente de sus amoríos con Lope. Bien recuerdo que *Urganda* aconseja al libro de *D. Quijote* que no se meta en dibujos ni en saber vidas ajenas, consejo muy prudente, porque tambien tenia Cervantes una hija ilegítima; pero en verdad no era culpa de él ni de nadie saber lo que el mismo Lope habia escrito de los *pajarillos* suyos y de Lucinda, (1) Los Sres. Benjumea y Tubino seguramente nos darán explicadas las dudas que ofrece el texto de *D. Quijote*, y se detendrán con particular cuidado en esclarecer las tinieblas de que aparecen rodeados los versos incluso en los preliminares de esta gran obra, tinieblas que nacerán, creo yo, de que los tales versos aluden á personas ó cosas ajenas á la fábula del *Quijote*. Nada extraño que dijese *Urganda* del hidalgo manchego que *alcanzó á fuerza de brazos á Dulcinea del Toboso*, aunque resulta de la novela que no solamente no la alcanzó, sino que ni siquiera llegó á verla bien en su vida: pudo Cervantes, cuando trazó la primera parte del *D. Quijote*, proponerse que en la segunda quedara casado con Dulcinea; pero no me puedo convencer de que en otros versos hablara Cervantes de los personajes de su libro. Cuando Gandalin dice en el soneto dirigido á Sancho:

Salve, varon famoso, á quien Fortuna,
Cuando en el trato escudero te puso,
Tan blanda y cuerdate lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna;

Cuando leo esto y me acuerdo de Sancho, molido á patadas por los criados de los frailes benitos, apaleado luego por los yangüeses, manteado en la venta, robado por el galeote Ginés, traído á mal traer por Cardenio, por el barbero del yelmo de Mambrino y por el cabrero que refirió la historia de Leandra, no me es dado creer que Cervantes dirigiera el soneto de Gandalin al escudero de D. Quijote, sino á otro Sancho á quien habia tratado la suerte con mas blandura, preservándole cauta de todo infortunio: quizás aludiria Cervantes al P. Fray Luis de Aliaga, que parece llevaba ya el nombre de *Sancho Panza*, y quizás el *Ovidio español*, que menciona Gandalin en el penúltimo verso de su soneto, sería Lope, tan seme-

(1) Nótese bien estos versos con que concluye la epístola de Lope á Gaspar de Barrionuevo (*Obras sueltas*, tomo 4.º)

Mariana y Angelilla mil mañanas
se acuerdan de Hametillo, que á la tienda
las llevaba por chochos y avellanas.

Y Lucinda os suplica no se venda, (*El esclavillo*
sin que primero la aviseis del precio. *Hamele*.)
Quedaos con Dios, Gaspar, y no os ofenda
este discurso tan prolijo y necio.

Mariana y Angela serian las prendas del hermoso pecho de Lucinda.

jante á Ovidio por su facilidad, su gracia y dulzura. ¿Dónde se vé á Sancho retirarse del servicio de D. Quijote, poniendo piés en polvorosa por vivir á lo discreto, como se dice en la décima del poeta *donoso*? ¿Por dónde se puede suponer que Dulcinea hubiera cometido *desaguisado* contra D. Quijote, segun se insinúa en el soneto de *Solis-dan*? ¿Cuándo aparece el desventurado Rocinante harto de pienso por diligencia suya, ni dando al Lazarillo de Tórmes la paja para chupar el vino al ciego su amo, á la manera que se nos indica este lance en la décima siguiente á la del *donoso*? No dejarán los señores Benjumea y Tubino de poner en su punto estas y otras contradicciones, y de ofrecernos la solución que necesitan.

En resumen: prescindiendo aquí del objeto que se propuso Cervantes en esa obra, que dos siglos y medio há es gloria de España y admiración del universo, creo que, por efecto de las circunstancias que rodeaban á Cervantes cuando dió á luz la primera parte de *D. Quijote*, dirigió algunos tiros de crítica rebozada y sagaz á Lope de Vega (1) contra el cual Góngora y otros habían enarbolado pendones, haciéndole guerra, lícita en parte y en parte infamia, segun acontece en todas las contiendas de semejante género. Los eruditos infelices no podían sufrir que á los cuarenta y tres años tuviese Lope escritas 230 comedias, celebradas en toda España, por mas que contraviniesen á los cánones aristotélicos; y Lope de Vega tampoco podría tolerar que le echasen en cara defectos de poca monta hombres incapaces de producir las bellezas que en la menos feliz de sus fábulas derramaba él con la prodigalidad de su ingenio maravilloso: de aquí los piques, los resentimientos, y las sátiras vergonzantes, en que á la burla se contestaba con el impropio, á la injuria tal vez con la espada. Traza tiene de haber sido consecuencia de algun desafío la retirada de Lope á Sevilla y después á Toledo: el vivir en distintos puntos Cervantes y Lope contribuiría á mantener viva la discordia por cierto tiempo, hasta que reunidos en Madrid, hiciéronse al cabala justicia debida: eran de muy elevado espíritu ambos para no alzarse un día sobre el polvo miserable que revuelven nuestras pasiones. Quizá tambien damos importancia mayor que merecen á esos versos malignos y malos, escritos en momentos de ira, los cuales jamás hubieran llegado á la posteridad, si á los ocho días de divulgarse, los hubieran podido recoger sus autores. Cervantes decia de Lope en el prólogo de la segunda parte de su *Quijote* que adoraba el ingenio de Lope de Vega, que admiraba sus obras, su ocupación continua como escritor, su ocupación virtuosa como eclesiástico. Lope en su *Laurel de Apolo* afirmó que la mano herida de Cervantes prestó vida eterna á las páginas que escribió con la otra: estas declaraciones valen infinitamente mas que cualquier otro rasgo de su pluma, oscuro, no reconocido, y al fin desmentido. Nada más distante de mi ánimo en estos apuntes que perjudicar á Cervantes ni á Lope; solo he querido contribuir al esclarecimiento de una obra célebre, sobre la cual, habiéndose discurrido mucho, hay todavía mucho más que decir. Si estoy equivocado, nunca será un error sin disculpa suponer que Cervantes, cansado de los desmedidos elogios con que se imprimían ciertos libros de poco mérito, censurara en los versos de Urganda y en otros la portada y la dedicatoria del *Peregrino*; que si Lope citó en el prólogo de su *Angélica* seis versos del Ariosto, que concluyen con el de

forse altri canterà con miglior peltro,

por eso concluiría Cervantes con el mismo verso la primera parte de su *Ingenioso Hidalgo*; y que si en el prólogo de sus *Novelas* nos dijo que *no se había ido bien con el que puso á dicha primera parte debió de ser* porque los amigos de Lope se irritaron contra Cervantes, creyendo evidentemente dirigido el primer prólogo del *Quijote* contra su ídolo, señalado con su propio nombre en este verso, incluido en él:

Donec eris FELIX, multos numerabis amicos.

El segundo nombre de Lope era *Félix*.

Mi amigo queridísimo, el Sr. D. Narciso Serra, por cuya salud ruego á Dios con todas las veras de mi alma, presentó en su *Loco de la guardilla* á Cervantes y á Lope sin conocerse el uno al otro en el año de 1604, y tributándose respeto y admiración mútua y merecidísima: no es esta la primera vez que la poesía, mal que le pese al orden cronológico de los sucesos, ha retratado á los varones insignes con mayor verdad que la

historia. Quien leyere estas páginas, y quisiere conocer bien el alma generosa de Lope, la rectitud y heroico valor de Cervantes, resignado en las desventuras y jamás abatido por ellas, busque las novísimas facciones del padre del teatro español y del Príncipe de los ingenios de España en las dos hermosas figuras que ocupan el centro en el admirable cuadro de la *Guardilla*.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

RESOLUCION DE LA CUESTION FAMOSA DEL "BUSCAPIÉ." (1)

(ARTÍCULO I.)

Fuera de los grandes errores que dejan en la sociedad [un rastro desastroso y lamentable, nada hay mas curioso que la diversidad de maneras con que el interés, ayudado del ingenio, se consagra á sacar partido de la ignorancia, la credulidad y el fanatismo. La historia de estas explotaciones, que viene á ser como la faz cómica de la vida humana, seria uno de los capítulos mas amenos y peregrinos de los anales del hombre, y si bien nunca es justo reír de las flaquezas que le son propias, fueran bastante á templar el enojo, las artes ingeniosas con que fueron convertidas en particular provecho. En efecto, cuando el vulgo usa de la frase «*sabrosamente engañados*,» no parece sino que el sentimiento innato de la justicia, le fuerza á reconocer el mérito de quiera que se encuentre, y que apartando la vista de la sustancia del caso, se recrea en sus accidentes, y admira la forma y artificio, sin dejar de censurar el fondo y materia sobre que recaen. ¿Quién, aunque condene, no admira las trazas ingeniosas con que se han contrahecho personajes célebres por su nacimiento, documentos públicos, obras del ingenio, virtudes, y aun la santidad misma y su correspondencia directa con los reinos celestiales? ¿Quién no se maravilla de las travesuras y aplo-mo, con que pasaron, en lo antiguo, Andrisco, por el rey de Macedonia; Smerdis, por el hijo del Gran Ciro; Bertrand de Raus, en Flandes por Badiuino; y Reboc, por Voldemar, Elector de Brandeburgo? Mas tarde, un criado de Federico II, emperador de Alemania, contrahizo admirablemente su persona, como el otro esclavo en Italia quiso representar la de Neron, favorecido por la semejanza de su voz, rostro y estatura con la del tirano. Casi en nuestros dias vimos suplantado á Don Sebastian y al Gran Duque de Moscovia, y recientemente está el proceso del célebre Mathurin Bruneau, pretense hijo del malaventurado Luis XVI. Y sin ir á buscar ejemplos en naciones extrañas, ¿quién no recuerda en nuestra patria al tristemente célebre Pastelero del Madrigal, héroe de la comedia de Zorrilla «*Traidor, infame y mártir*,» y el sargento Francisco Mayoral, supuesto Cardenal de Borbon?

Verdad es, que nunca han faltado en estos ca-

(1) Anunciado ya el juicio crítico de este opúsculo en "La Estafeta de Urganda" como parte de los comentarios filosóficos del *Quijote*, y proponiéndome demostrar que es apócrifo, ofrezco al público su examen anticipadamente, á fin de que el señor D. Adolfo de Castro tenga espacio para contestar, si le conviene, á mi impugnación. Esta es el resultado de una consideración detenida, de las diversas razones hasta ahora alegadas en pró y en contra del opúsculo; y como podría ser que el señor Castro tuviese tales medios de defensa, que aminorase ó destruyese del todo el valor de mis argumentos, parece propio acto de deferencia y de cortesía prevenir al contrario, intimándole á que se aperciba y defienda y use de ellos; en lo que verá que mi objeto es únicamente averiguar la verdad en todas las cuestiones que con el *Quijote* tienen enlace y correspondencia, y que mas quiero presentarme vencido en esta cuestión en obsequio á la verdad, que alcanzar por sorpresa un triunfo á los ojos de mis lectores, que solo duraria el tiempo que tardase en responderme el erudito protector de este duende literario.

sos, quienes á las trazas del ingenio ayuden con cálculos de provecho y maniobras de partido; mas de todo hay en la historia ejemplares, y ahí está Pitaval, que nos refiere en sus causas célebres la de un Martin de Bilbao, que suplantó á un marido durante tres años, mistificando no solo á la mujer, sino á todos sus parientes y amigos. Si de las personas pasamos á los caracteres, y de lo físico á lo moral, hallaremos una suplantación continua de las virtudes por la hipocresía, que, si nos repugna en el fraticida é incestuoso Claudio de Shakespeare, nos mueve á risa con Tartuffe. Las peregrinas semejanzas que suelen existir en el orden espiritual y material, siempre ofrecen un lado cómico y una tentación irresistible para sacar partido de ellas, así en los teatros como en la grande escena social. La naturaleza ayuda en lo físico, cual se vió en el fingido Alexis, el contrahecho Eduardo V., y por lo comun en todos los casos memorables; pero para contrahacer el alma, la inteligencia y caracteres, no hay obra de naturaleza, sino de arte. Quien sabe imitar á un santo, es un artífice prodigioso, y quien imita el estilo y pensamiento de un sábio, no le queda en zaga. Si cuando un artista reproduce con exactitud un cuadro de Murillo ó de Rafael, hasta el punto de dejar perplejos á los inteligentes, no podemos menos de hacer justicia á su destreza, ¿cuál no será la del que acomete igual empresa, con las obras perdidas de los grandes escritores, debiendo ser expuestas, no al examen de unos pocos, sino á la inspección de todo el público ilustrado? Ni confía en la ignorancia, ni descansa en la credulidad excesiva, ni se apoya en espíritu de partido, ayudas que suelen venir al ingenio en otras tentativas. Es un verdadero acto de temeridad, á primera vista, y no obstante se ha puesto en práctica repetidas veces con mas ó menos éxito, como si fuera ley que de vez en cuando dormite, no Homero, sino el género humano. Razon debe tener este fenómeno; algo es preciso que sustituya á las debilidades ó intereses en que estriban otras imposturas. En efecto, á la ignorancia, á la credulidad y á la conveniencia suple aquí el entusiasmo, digamos fanatismo, que generalmente señorea á los admiradores de los hombres célebres por sus virtudes, su valor ó sus talentos. Fanatismo es sinónimo de locura, si no es una de sus especies. Ve lo que no existe y no distingue lo que tiene ante los ojos. Es la locura contagiosa, la peor de las locuras, porque carece de rasgos de originalidad en el individuo, que le muevan en diversas direcciones, y es temible como lo seria un loco de cien brazos. Con la masa de fanatismo se fabrica toda especie de monstruos: ¿qué maravilla que pasen enjendros en el orden literario? Ni aun es preciso tenderle el lazo para que tropieze, porque él hallará estorbos en que caiga. Recuérdese el periodo del fanatismo Ciceroniano, la época de los Turnebus, Sygonius, Manutius, Muretus, Scioppius y demás sábios en us, como con donaire les llamaron los franceses.

No creemos que el obispo portugués Osorio pensase pasar su tratado «*De Gloria*» por el que escribió Ciceron y se dice que perdió Petrarca; mas con todo eso, los entusiastas latinistas del siglo XVI. creyeronle obra del orador romano. Tambien es preciso confesar, que la historia misma ayuda al ingenio para el artificio y al público para caer en el lazo, preparándole el terreno, y ofreciéndole vacíos que llenar, siquiera sea momentáneamente; porque, en verdad, error que viva dentro de la esfera literaria, cuenta pocas navidades de su nacimiento hasta su muerte. Hay cien ojos para mirar á un solo objeto, y como la masa general no toma cohecho ni pierde derecho, sino que la

(1) Muchos lo han creído así antes de ahora. Don Diego Clemencin trató expresamente de este punto en sus notas al prólogo del *Quijote*, en el cual escribió Cervantes: «Es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron.» Clemencin advierte que Aristóteles, San Basilio y Marco Tulio son tres de los autores que se citan en el catálogo de ellos que está al fin del *Isidro* de Lope.

utilidad y ventaja son unilaterales, difícil es que se encubra por largo tiempo á tantos Argos como le acechan. Si se quiere ver como la historia prepara y da margen á tentar estas misficciones, bastarán estos ejemplos: piérdense en la antigüedad remota los libros de Beroso, Manethon, Metasthene y otros historiadores, y aparece en el siglo XV. Anio de Viterbo, que los suplanta y publica como auténticos. Extraviáanse las obras poéticas de Rowley, monge del citado siglo, y aparece en el próximo pasado Chatterton, que las imita. Háblase de un Buscapié escrito en 1605 por Cervantes, y aparece á mediados del presente un opúsculo con el mismo título. Véase, pues, que en la historia ó llámase sainete literario, los acontecimientos é incidentes tienen su natural preparacion y anuncio, y no vienen ahí como llovidos del cielo sin concierto ni orden lógico. Dése que se pierda ó extravíe algun objeto ó documento que se halle en grande estima y muy suspirado de los hombres, que como sea fácil contrahacerlo, tarde ó temprano habrá San Antonio que lo encuentre. La pérdida de un príncipe, ó su muerte secreta, asunto tan apetitoso para los dramáticos, ha sido pié para que real y verdaderamente intentasen algunos reemplazarlos; y no sabemos como el Rey Artus, que todavia anda de cuervo; y el famoso Rey de Portugal, cuya venida se esperaba, no han tenido aficionados que los representen.

En la historia de las literaturas europeas no hay momento de suplantaciones mas ruidosas, que los diez y siete volúmenes impresos en Roma en 1596; el tomo de documentos y comedia de Shakespeare impreso en Lóndres en 1796; otro de poesías antiguas dado á luz en 1803 en la misma capital, y el opúsculo publicado en Cádiz en 1847, cuyo título damos arriba.

El lector observará, que la industria en esta parte no sigue la ley del progreso, sino que procede de mayor á menor, y acaba en punta, como pirámide; por una congetura probable, deben cesar en adelante estos fenómenos, gracias al adelantamiento de la crítica. En efecto, esta disminucion es natural y obedece á circunstancias de las épocas, que no está en manos del hombre modificar, cuanto menos crearlas. La época del Dominico Nanni era el siglo llamado de Poggio Bracciolini, el diligente rebuscador de obras perdidas de la antigüedad clásica, empolvadas en los rincones y celdas de los monasterios, ó convertidas en *palmseptos*, por la falta y carestia de los pergaminos que sucedieron al *papyrus* importado del Egipto. El número de libros rescatados en el siglo XV. de una inminente pérdida, y lanzados al mundo literario, apenas es creíble. Solo Poggio descubrió veinte nueve obras estimabilísimas de los escritores latinos, Quintiliano, Columella, Ciceron, Lucrecio, Ammiano Marcelino, Tertuliano, Valerio Flaco, Plato y Silio Itálico. A mediados del siglo apareció el arte de la imprenta, segundo diluvio en los anales del género humano y totalmente opuesto al del tiempo de los patriarcas; que si este vino para castigar la maldad, efecto de las sombras de la ignorancia, aquel vino para prevenirla, iluminándoles con resplandores vivísimos, y mostrando á los hombres la arquitectura de la idea, microscópica en comparacion con la que en el desierto levantó el orgullo humano, pero mas eterna que todos los monumentos de la soberbia de los poderosos. ¿Quién podia evitar que en edad tan prolífica para la inteligencia, se deslizasen hijos espúreos y bastardos entre la gran cohorte de los legítimos? No tuvo Thomas Chatterton tan favorables auspicios, ni la edad temprana de trece años la madurez y tacto del anciano monge de Viterbo. Los

descubrimientos entraban en el período de sobriedad, la crítica literaria habia subido á un alto grado, la actividad creada por el desarrollo del arte tipográfico, no permitió que transcurriese mucho tiempo entre la aparicion del error y el descubrimiento de la verdad: y el desgraciado autor de los poemas, atentó contra su vida, al ver frustradas las esperanzas que fundara en su su raro ingenio. Con todo el siglo XVIII. habia vuelto á mostrarse hambriento de curiosidades literarias, y si no dirigia su vista mas allá de la edad media á los tiempos de Alejandro y Augusto, miraba ansioso á la época del renacimiento, y en particular al dorado siglo XVI., de quien era hijo legítimo. Comenzaba el entusiasmo por los grandes poetas pasados, é iba á reconstruirse la figura del autor de Hamlet. Samuel Ireland aprovechó este fanatismo y llenó las medidas á los ingleses, ofreciéndoles con su *Vortigern* acaso mas de lo que apetecian. Ya en nuestro siglo, que camina con gentil compás de piés en todas las cosas, parecia imposible la manifestacion de tales fenómenos; y sin embargo, corre por España y fuera de ella, con honores de traduccion, un „*cuerpecillo de ochavo*,“ como llamaban fray Luis y los de su tiempo á la forma *Aldina*, que ha dejado atrás el *diamond edition*, que se dice engendrado por el ingenio y parido por la misma pluma que delineó el Quijote. Octavo, sí, pero de mas peso que los folios de *Antiquitatum variarum*, en cuanto su espiritillo encumbrado mira á ser el declarador de las cosas ocultas del Quijote, y del cual se puede decir: que su estatura está en la portada, como la medida del hombre está en la frente.

Atento el juicio á ponderar la importancia de los tres descubrimientos en Italia, Inglaterra y España, nuestra nacion lleva la palma, porque al fin, ¿qué sabia la Europa del contenido de las columnas de Trimegisto, ni qué de los escritos de Myrsilo, ni qué cosa escribiera Archilocus, Sempronio, Manetho ó Manethon, con las demás historias que imprimió Annio? Conocíanse fragmentos de Beroso, astrónomo é historiador caldeo; pero en lo desconocido, siguiendo el génio y espíritu de los escritores de aquella época, fácil era imitar y urdir la trama. Lo propio decimos de los poemas de Rowley. Chatterton estudiando, como lo hizo, todos los dialectos antiguos del país, pudo envolver sus ideas poéticas en ropage antiguo: y si no le aguijoneara la pobreza extrema á que se vió reducido, y la fiebre de inmortalidad que le consumia, dando tiempo al tiempo y mayor juicio á sus años, tal vez hoy dia pasaran por auténticas las poesías que escribió. Pero en nuestro Buscapié hay intento de sobrepujar dos grandes dificultades, y tales, que su autor, sea quien fuere, (que no juzgamos ahora esta cuestion,) si hubiese recitado las letras del alfabeto en alguno de sus ratos de composicion, aburriera ciertamente la tarea; porque son, como quien no dice nada: imitar el estilo ó la forma literaria de un escritor singularísimo, y lo que es mas, sacar á luz el fondo de una obra, sobre la cual tienen fija la vista todos los literatos y sábios y filósofos de los pueblos civilizados, pugnando incesantemente por descifrarlo y entenderlo. Que se escribiese y compaginase una de sus obras perdidas, como las Semanas del Jardin, el Bernardo, la Casa Confusa, la Amaranta, el Engaño á los ojos, La Batalla Naval ú otra, siquiera fuese la decantada Filena, fácil por primer ensayo, Dios y ayuda. Al fin, los críticos ignoran el argumento, la disposicion, las ideas y objeto que Cervantes en ellas se proponia. Con un tantico de habilidad en el manejo de la pluma, podria salirse adelante; pero ¡tocar al Quijote! ¡asestar nada menos que al corazon, y an-

darse con sus entrañas como si fuesen lanzaderas de tejedor! es por cierto arrojo en demasia.

Por último, y para que se vea que no en valde tomamos de atrás el agua, elevándonos en el comienzo á bosquejar la genealogía de los errores, la solidaridad de espíritu, el aire de familia y el amaneramiento, con que, por decirlo así, se presentan á la faz del mundo, pondremos á la vista un juego de circunstancias esenciales y coincidentes, que darán ameno acabamiento á esta introduccion, prólogo ó preliminar artículo. Anio hizo un viage á Mantua, y por fortuna, halló aquella enorme madriguera de historias nunca vistas ni oídas, que sin duda la adivina Manto tenia allí escondidas, desde el tiempo en que en su honor se edificó la patria de Virgilio. El lugar correspondia á lo trasaño del hallazgo, y si al punto no lo mostró á los sábios de su época, ni dijo palabra al Cardenal que le acompañaba, fué, sin duda, porque obras tan antiguas no podian pasar sin comentarios; de suerte que entre la época en que hizo su expedicion á Mantua, y la en que vieron la luz pública tuvo que resistir sus naturales ímpetus y esperar algunos años para disponerlos. Chatterton halló los pergaminos en su propia casa, en donde se consumian por parecer inútiles. Habian salido de un cofre depositado en Bristol en la iglesia de Santa Maria Redcliff, por su fundador Guillermo Canynge, el protector de Rowley. Este cofre, que se llamaba el arca de Canynge, fué abierto al cabo de mas de dos siglos, para buscar en él algunos títulos. Hallados y escogido lo mas valioso, el resto se dejó para quien quisiera llevárselo, y el padre de Chatterton tomó una parte de aquellos papeles. Sobre este fundamento construyó el jóven Thomas la peregrina idea de imitar al poeta inglés, cuyas obras se habian perdido. Entre nosotros existia la tradicion, de que Cervantes escribió un Buscapié; Ruidiaz le vió en la Biblioteca del conde de Saceda, y despues desapareció por arte de encantamento, que no le volvieron á encontrar todos los zahories del mundo. Pero estaba ahí la librería del duque de Lafoes. De ella vino á poder de un particular residente en la isla de San Fernando, y por particular providencia, pasó á poder del señor D. Adolfo de Castro, que le dió á luz con comentarios, segun el de Viterbo; y si así no fuera, se habria vendido por papel viejo.

Esto no es mas que una sombra y cuatro palabras de la grande historia del invento del librito, que, como se dice de Manzanares, que tiene mas puente que rio, tiene mas historia que texto. Nuestro objeto, en este primer artículo, no se extiende á mas que hablar en general de errores en la órbita literaria, y de los cuatro grandes sucesos que descuellan en su historia, y debian llamar la atencion para discurrir una poca pieza, por via de *introito*, adecuado á la materia puesta al debate.

NICOLAS DIAZ BENJUMEA.

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR DE LA ARQUITECTURA EN ESPAÑA.

Artículo 1.

Los mas profundos filósofos de Alemania han consumido lo mejor de sus vigiliass para definir la Arquitectura estéticamente considerada, sin conseguir con esto mas que el embrion de una idea vaga, aun muy distante de presentarla en la esfera del arte con todo el esplendor de su grandeza. Como ciencia, es la Arquitectura, la síntesis de multitud de otras que le sirven de auxiliares, cualesquiera de las cuales basta por sí sola para envanecer al hombre con tan vastos conocimientos. Examinar el arte de los ditruvios y apolo-

lodoros con relacion al tiempo y al espacio, y á la luz de la civilizacion de todos los pueblos de la tierra, es por sí solo objeto de la ciencia histórica mas trascendental, y sirve de sólido fundamento á la historia universal del hombre, que nada puede decir á veces con seguridad, si prescinde de los monumentos arquitectónicos.

La Arquitectura es en sus concepciones, infinita como la idea de lo bello, profunda como los arcanos de la ciencia, diversa como los siglos, las razas, los climas, las creencias y las costumbres, y necesaria como la vida privada, pública, política y social del hombre. Bajo este último punto de vista el menos elevado, pero el de mas inmediato interés para el desarrollo de los pueblos, nos proponemos ahora examinar la Arquitectura civil, nombre con cuya modificacion se conoce hoy la parte mas bella é interesante del arte y ciencia, denominados *Arquitectura*.

Nos contraemos á España y es nuestro ánimo, trazar á grandes rasgos, lo que era en ella la arquitectura á principios de nuestro siglo, lo que es á la sazón, y lo que será en breve, vistos los elementos de prosperidad que se desarrollan á nuestra presencia.

Este primer artículo tiene por objeto bosquejar el estado de la arquitectura entre nuestros abuelos, considerándola bajo sus facetas mas interesantes.

Comencemos pues, por repetir, lo que dijimos en el *Parlamento* del 24 de agosto de 1856, y n.º 550.

Acosado el delirante génio de los sectarios de Borromino y Churriguera por la férula inflexible de los exclusivistas partidarios del renacimiento greco-romano, lucieron, aunque breves, algunos dias de gloria para el arte pátrio, merced al generoso esfuerzo de los Sachettis, Juvaras, Rodriguez y Villanuevas.

Desde entonces con dolor, mas con verdad, puede decirse que la arquitectura nacional apenas da señales de vida. Estraviados lastimosamente los Riveras, Tomés y Donosos en el enmarañado laberinto de innovaciones y licencias; sin principio alguno de autoridad que les sirviese de norte, dieron en todo linaje de escollos, malgastando en monstruosos engendros la rica vena que, á conseguir épocas mejores, hubiera sin duda sido raudal inagotable de maravillosas y bellas concepciones. Pero como tamaño desconcierto y soltura no podian ser mas duraderos sin la total ruina del arte, sobrevino la reaccion que sigue á toda fiebre intelectual, acompañada del carácter mas represivo y violento, y arrastrando tras sí el desaliento y la postracion mas completa.

En odio á la excesiva licencia y despilfarro artístico y aun material de los llamados *chafallones y gerigoncistas* por los críticos y arquitectos que florecieran al comenzar el presente siglo, encerráronse estos últimos en fatal círculo de hierro, fuera del cual todo otro estilo ó arquitectura eran reprobados como *bárbaros*, despreciándose cuanto produjeran hasta allí largos siglos de fe y de entusiasmo.

Y si al recurrir al suelo clásico de Grecia y Roma se hubiera reproducido el arte con el carácter y espontaneidad que en ambos pueblos ostentaba, ó se hubiera aplicado con algun discernimiento y oportunidad á nuestro clima y civilizacion, la reforma emprendida con tanto estruendo como ojiza á todo lo anterior y lo existente, hubiera producido entonces sazonados y muy benéficos frutos. Pero habiendo tropezado con Vignola, que llevado del mejor intento habia estudiado desde el siglo XVI las proporciones de los antiguos edificios, crearon en vista de esta especulacion, mas científica que práctica, una arquitectura sujeta á módulos, la cual, no habiendo existido nunca, hubo de ser meramente convencional, y, lo que es peor, pauta, imprescindible de mil y mil repetidos remedos.

La misma satisfaccion que produce en las medianías toda relajacion de principios que, segun su propio dicho, ponen trabas al génio, experimentan cuando se les da una plantilla á qué sujetarse sin responsabilidad ni trabajo.

El hombre de escaso ingenio equipárase entonces con el verdadero artista, y aun logra aventajársele en lo servil y rastrero de las copias, que jamás admite ni tolera la fantasia

creadora. La inteligencia desfallece bajo el férreo yugo del ignorante, á quien la caprichosa é invariable regla hizo osado y fuerte. La investigacion y el análisis son crímenes de lesa autoridad para el intolerante sistemático, á quien cualquier motivo le parece bastante á disfrazar su ineptitud é impotencia.

Así fué que rehabilitada y estendida por toda Europa con un fin práctico la célebre cartilla de Vignola, saltaron á la arena multitud de noveles arquitectos, que, ora saliesen del taller del menestral, ya del estudio del erudito, llevaban las mismas armas para combatir, aparejados todos para plagar la tierra de insulsas repeticiones y plagios mal encubiertos.

Los *chafallones y gerigoncistas*, aunque violando toda ley, aunque pervirtiendo todo gusto y lanzándose en un mar de confusion y delirio, mostraron génio, espontaneidad y aun excesiva fuerza de inventiva. Podrá decirse que sus composiciones son parto de imaginaciones enfermas: que sus engendros son el resultado del desenfreno y de la demencia; que sus creaciones son el vértigo de una fiebre precursora de la muerte; pero el arte de los seudovignolistas nace muerto, y muerto por todas partes se reproduce.

Difícil era distinguir un templo de Júpiter tonante del santuario consagrado al Dios de Israel, ó á la pasion del Redentor del mundo: la mansion recojida y reposada de los que mueren en Jesucristo, recuerda mas bien la *Via-Appia*, donde se exponian con público aparato los sepulcros de los romanos, ó acaso el *Foro* donde se agitaban en continuo tráfigo y estruendo aquellos hombres de otros tiempos, de fé, costumbres y civilizacion distintas.

Una cárcel se reviste al exterior con los mismos órdenes que una academia ó un palacio. Visto un templo ó una universidad ó biblioteca, ya están vistos tambien todos los templos universidades y bibliotecas. Más aún: un edificio cualquiera era el modelo universal de todo linaje de construcciones.

Este edificio-fantasma es nuestra constante pesadilla, ya á las márgenes del Manzanares, ya á orillas del Támesis y del Sena. Las mismas columnas con los mismos módulos le sostienen; los mismos frontones, falsos ó verdaderos, le cobijan; las mismas ménsulas y cartelas, los mismos adornos se reproducen en aquel *patron de edificios*.

El génio del arquitecto era el compás, así como los dedos servian al poeta secuaz de Rengifo para contar las sílabas, única perfeccion del arte, así como habia tambien recetas para adobar *carnes de viejos y de Caines*, secreto supremo del pintor digno émulo del arquitecto pseudo-vignolista. A tal extremo habia traído las artes la filosofía negativa de hombres sin fé y sin verdadero entusiasmo.

Así discurriamos en el precitado número del *Parlamento* para caracterizar la arquitectura del pasado siglo en cuanto á Arte, sin añadir ni una sola palabra respecto á su estado material de existencia. Este depende en todas las épocas y pueblos, del político y religioso, de la mayor ó menor cultura que alcanzan las naciones, de su riqueza y bienestar: en suma, de su desarrollo moral, intelectual y material.

España, que llena de fé y entusiasmo conquistó nuevos mundos, donde llevar el estandarte de la Cruz, y las muestras de su civilizacion brillante; España, que asombrando con su poder á Europa la sometía bajo el influjo de su espada y de su consejo; España abrumada bajo la balumba inmensa de sus conquistas y laureles, postrose al fin, llegando entre nuestros abuelos y padres del pasado y principios del presente siglo, al mayor grado de fatiga y desaliento.

En Europa no se paseaba el leon español, como aun no se pasea, por toda la península, con la cabeza erguida y amenazante. Italia y los Países-bajos se habian emancipado hacía mucho tiempo ó reconocian otros dueños que no hablaban el idioma armonioso de Cervantes.

Los cien imperios conquistados para España por Cortes, Valdivia, Valvoa y Pizarro, proclamaronse á una voz independientes. La Marina española, aunque haciendo alto alarde del honor mas acrisolado, sufrió en Trafalgar un revés, del que no fueron causa las valerosas naves

españolas, aunque de él participasen únicamente. Cuarenta de estas se dejaron podrir en las aguas del Océano, en vez de armarlas con mayores bríos para renovar la pelea.

Al comercio faltóle de repente campo donde extenderse y la natural proteccion de las armadas.

El oro de América no llenaba las arcas de España. La industria no existía. La instruccion era limitadísima y viciosa y por tanto, escaso el adelantamiento de las ciencias, y mas escasas sus aplicaciones. La libertad de discurrir era un crimen que se castigaba á veces con la hoguera de la inquisicion. La libertad de accion para encontrar las vias de prosperidad á que todo el mundo debe aspirar, estaba aun mas restringida que la libertad del pensamiento. El pueblo español, con trabas y sin estímulo, dabanse al ocio mas de lo que era natural á su índole. Las fuentes de la riqueza pública, se cegaban por momentos, sin encontrarse por esto en las familias mayor opulencia y goces. Si apuntaba en los horizontes políticos la aurora de las libertades pátrias, este era un motivo para la desconfianza entre los ciudadanos, y acaso para la division entre padres é hijos.

¡Qué podría fomentarse con tales elementos! Que caminos, canales, puentes y demas obras públicas podrian emprenderse con acierto! Qué artes podrian ser el espejo de esta época fatal, sino las que nacen sin vida, para palidecer y morir sin gloria!

La Arquitectura, barómetro fiel que mide en todos tiempos la civilizacion de los pueblos, señalaba en esta época la mayor decadencia, sino la nulidad mas completa.

En punto al arte, los plagios, los remedos, la receta que aprendida igualaba las inteligencias del procer y del menestral, el modelo ó patron por el cual se habia de erigir el edificio fantasma, que nos persigue por todas partes, segun dijimos arriba. En punto á las obras de arquitectura civil, las casas miserables en el exterior encerraban la familia en grandes salas; pero sin compartimentos y divisiones, distribucion que nos revela una simplicidad de costumbres, rayando ya en lo vedado é inconveniente. Respecto á los edificios públicos, si se exceptuan media docena de ellos debida á la munificencia de Fernando VI, y Carlos III, y á las acertadas disposiciones de Campomanes, Floridablanca y otros ministros, nada absolutamente nada de provecho se hacia en España. El espíritu que alzó las catedrales habia sucumbido ante le excesiva mania de levantar conventos, y no otra cosa que conventos, se veian y se ven por toda la monarquía. Para no hacer naves, los arsenales, diques, dársenas y demas edificios de esta especie son escusados. Los valientes tercios españoles no necesitaban de grandes cuarteles y casernas, atendido su proverbial sufrimiento. La instruccion pública escasa y casi estéril, no reclamaba grandes edificios para escuelas especiales que no existian, ni aun para las universidades. La justicia se administraba en reducidas é inmundas *cárceles y presidios*, ni se sospechaba siquiera en esas construcciones, que tanto enaltecen á los pueblos humanitarios que las levantan. Los establecimientos de beneficencia se administraban en casas cedidas por la caridad de algunos fieles, y rara vez ó nunca en edificios erigidos al efecto bajo las prescripciones de la ciencia. No diremos nada de las obras referentes á la Hacienda y á la Gobernacion del país, por que entónces no conocia la administracion las necesidades que nosotros tocamos.

Lo volvemos á repetir: fuera de un reducido número de edificios notables, fuera de los monumentos del arte erigidos en épocas remotas y que ahora no son del caso recordar, nada absolutamente habia en España si exceptuan los conventos.

El extranjero al recorrer nuestras provincias atravesaba yermos donde no se veia mas que uno ú otro convento coronando la colina, ó destacándose entre la floresta del bosque. Si se acercaba á un pueblo ó aldea reducida, al entrar, tropezaba con un convento, y al salir otro convento servia de término á las últimas casas de la poblacion. A manera que estas crecian en importancia, disputábanse la honra de tener el mayor número de construcciones monacales, hasta el extremo de que en las grandes ciudades como Se-

villa, muchas son las calles donde se ven á derecha é izquierda mas de dos iglesias, capillas, y conventos.

Loado sea el Eterno por valles y montañas. Suban por todas partes las benditas preces que un pueblo eleva al Dios de las batallas y de la misericordia; pero que este pueblo sea sábio, fuerte y rico.

Aunque el principio de toda conosciencia reside solo en Dios, no es un pueblo sábio sino construye Academias, Escuelas y Universidades. No es poderoso y fuerte, si ademas de las grandes construcciones navales, no fortifica sus costas, y guarnece sus plazas con las obras ciclopeas de la Arquitectura militar. No es rico ni feliz en la esfera de su desarrollo material y de sus goces públicos y privados, si no tiene caminos, canales, puentes, fábricas de toda clase de industria, teatros, liceos y palacios, en número proporcionado al de sus cultos habitantes.

Si por primera vez apareciesen los vestigios de una ciudad, de cuya historia y origen no se tuviese la mas mínima noticia, es evidente que estudiados todos sus monumentos por un sábio arqueólogo, conocería cual sería la fuerza material de aquella poblacion por lo formidable de sus torres y murallas de defensa, deduciría el amor de aquellos habitantes al saber, de sus establecimientos de enseñanza y juzgaría de su riqueza y bien estar, de las obras públicas, de las consagradas á la industria, de los suntuosos palacios, regaladas termas, y cómodas habitaciones.

La proporcion en que estuviesen los edificios ó sus restos, le diría al reflexivo, si el elemento guerero predominaba sobre el sacerdotal, ó si este sobre el guerrero; si cualquiera de estas dos maneras de ser de la sociedad antigua, predominaba sobre las instituciones civiles, ó si estas tenían toda la amplitud y desahogo, á que por la inmensa mayoría que representan, están llamadas á gozar; si la cosa pública absorbía la atención de aquella ciudad desconocida, con perjuicio de la vida privada, ó si el bien estar de la familia se sobreponía á los negocios públicos.

Ahora bien, si cerramos el libro de nuestra historia patria, si apartamos la vista de sus múltiples, numerosos y bellísimos monumentos, si solo nos contraemos al estado de su arquitectura en la época que analizamos, sin mas antecedentes ni ciencia que la luz de la razón, al ver la inmensa desproporcion que existe entre los edificios religiosos y las construcciones públicas, militares y civiles, sin mas estudio ni examen, cualesquiera conoce el predominio que el espíritu religioso ha tenido siempre entre los españoles.

Este espíritu mantuvo en sus manos la espada de la independencia nacional por espacio de ocho largos siglos de diarios combates y escarnizadas batallas. Este espíritu los lanzó en la inmensidad del piélagos para llevar la cruz á mundos desconocidos, redimiendo multitud de pueblos de la idolatría y de la ignorancia. Este espíritu ha formado y forma el nervio del pueblo español y aun le alienta en sus mayores empresas é infortunios.

Pero este espíritu puro, elevado, sublime, se revela en el arte arquitectónico por esas cien y cien catedrales, gloria y ornamento de España. El exceso, la superabundancia de conventos sobre todas las demás construcciones de un pueblo, no prueban ante la imparcial contemplación del estudioso, sino que el elemento teocrático se ha desarrollado y extendido poderosamente en él; absorbiendo toda la vida activa, toda la riqueza de sus habitantes; sin que nos detengamos ahora á examinar si esto constituyera su felicidad ó su desgracia.

La arquitectura no es el arte que tiene el privilegio de demostrar por si solo semejante verdad, comprobada por todas las vías de la historia. Los cantos de los poetas, los cuadros y las estatuas proclaman lo mismo. Para un cuadro de las lanzas, pintado por Velazquez, representación fiel de una de nuestras glorias nacionales, el mismo pintor, Murillo, Zurbarán, Roelas, Valdes, Alonso Cano, Morales, Rivera, Rivalta y otros ciento, debieron su gloria á la protección de los conventos, pintando para ellos todos sus cuadros inmortales.

Pero en medio del trabajo diario de los negocios propios á todo ciudadano, muchas veces no tenemos presentes las inspiraciones de nuestros poetas y pintores, y sin embargo, tropezamos por todas partes con altos sombríos, desnudos

y cerrados muros, que nos recuerdan la reclusión conventual, teniendonos que destocar no pocas veces ante sus iglesias y capillas. Mientras subsistan enhiestos tales muros, y aun apesar de los muchos que han sufrido mal disfrazadas transformaciones, ellos serán testigos de una verdad, que nadie niega ni tiene interés en negar, esto es, que nosotros no hemos heredado de nuestros abuelos mas edificios, que iglesias y conventos, algunas casas de beneficencia, y muy pocas construcciones públicas y civiles.

Este es el estado de nuestra arquitectura al comenzar este siglo, en punto á su importancia y desarrollo material. Si en punto al gusto y forma de Arte, tampoco habia mas que admirar, culpese no á España sino á la Europa, al mundo entero, que admitió semejante manera de Arquitectura.

Su frialdad, su carencia de inventiva, su negación de arte, fruto es de la falta de fé, del ateísmo, de la impiedad de los enciclopedistas.

La carencia de edificios públicos y civiles en España, procede de la excesiva importancia de los conventos.

Entre tan opuestos polos, preferimos que las cosas hayan pasado tales como han sido; pues si España hubiera sido suficientemente rica y poderosa para erigir toda clase de obras arquitectónicas civiles, hubiera plagado nuestro suelo de insulsas imitaciones y multiplicados remedos, sin mas arte que las puntas del compás y la receta.

DEMETRIO DE LOS RIOS.

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPIRITU.

LEYENDA MORAL

por

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

I.

LA DISCUSION.

Como Dios ha querido que del contraste nazca la armonía, este fenómeno se encuentra por fin de todas las observaciones, desde el palacio á la cabaña; ruta que segun Horacio *recorre la pálida muerte con paso igual*.

La casa del labrador Anton Perez, que abreviaba el Antonio por no tener ese punto de contacto con el secretario famoso de Felipe II, carecia de razón hábil para esceptuarse de semejante ley de la naturaleza; y el contraste era singular y magnífico entre el agricultor y su esposa; y la armonía no podía ser mas ejemplar en el tipo de la familia católica, por mas que hubiera diferencias esenciales entre ambos consortes.

Anton procedía de padres pobrísimos, dedicados á mozos de labranza y sin aspiraciones á pegujar ni á terreno de desmonte donde sembrar una cidra.

Maria, su media naranja, era parienta de hidalgos y de labradores opulentos; y rama decadente de un tronco robusto, su padre habia venido á parar en pegujalero.

Anton por su industria y sus afanes se elevó á peñetrin, ó sea cultivador en pequeña escala; creciendo en caudal, gracias al favor de las cosechas y al auxilio de buenas almas que le facilitaron medios al propósito.

Maria estimando las cualidades de Anton, y comprendiendo su buen fondo, le otorgó su mano; aislándose con dignidad de una familia, orgullosa hasta pecar en vana, y que esgía á la pobre jóven lo que reclamaba el sanguinario pueblo de Roma de los gladiadores vencidos: *«morir con fiera calma»*.

Anton no estaba contento con su suerte, y yá que su ángel custodió impedía que le asiera entre sus garras el diablo de la ambición, este engendradora de la codicia envenenaba con su soplo el ambiente que aquella pobre criatura habia de respirar.

Maria era por demás modesta, y fiel cristiana sabia muy bien que Dios previene pedir hoy el pan de hoy solamente; mirando con secreto y hondo pesar los fatales progresos que hacia en el corazón de su marido la hidrópica sed de acrecer fortuna.

Anton habia perdido la paz del sueño, el estímulo del apetito y la calma de la conciencia, y á cada esfuerzo para ocultar á la perspicacia de su esposa lo que pasaba en él, descubria mas claramente el punto de la

existencia humana en que el hombre se divorcia de sí mismo; paso execrable al hombre *lobo del hombre*, que Hobbes nos traza con la fantástica pluma de Callot.

Maria temblaba por su marido; estremeciéndose al considerar el porvenir de su hijo Pablo, débil sér dotado de una dulzura angelical, pero impropio por su índole para sufrir y arrostrar la lucha que supone toda manera de ser que se fije en nuestra sociedad.

Pablo habia cumplido doce años. Era preciso determinar los antecedentes que debían decidir su situación futura, y en esta deliberación importante y de tanta trascendencia prevenían inevitable choque los diversos caracteres de ambos autores de su existencia.

Precedió Maria, formulando con toda explicitud cuestión tan árdua como urgente; mas apenas hubo concluido, la campana interrumpió con el toque grave y solemne del *ángelus domini*, la réplica de Anton; uniendo la piedad en una aspiración única á los que separaban intereses tan heterogéneos y juicios tan encontrados.

Concluida la plegaria, el labrador previno á su mujer encendiese el enorme candil, pendiente de un gárfio junto á la chimenea, y mientras el choque del eslabon en el pedernal producía la chispa que prendiendo en la yesca alimentase el fuego en la tea de azufre, comunicándole á la torcida de algodón, el cansado agricultor tomó asiento al amor de la lumbre; limpió el sudor de la fatiga que bañaba su rugosa frente; apoyó el codo en un brazo del sillón que ocupaba y posó melancólicamente una megilla en su doblada diestra.

—Alabado sea Dios, exclamó Maria al prender fuego á la mecha del candil.

—Alabado por siempre, replicó su marido, con voz sorda y aire concentrado.

Maria vino á colocarse en una silla frente á su marido, trayendo el canasto de la calceta y acomodando en el nacimiento de su perfecta nariz unos anteojos de fierro con cristales de vista cansada.

Anton, sin variar de postura, movía los labios en nervioso crispamiento, respirando con angustiosa dificultad.

Era imposible que Maria dejase de apereibir la tormenta que presagiaba aquella densa nube; pero tratábase de su hijo y sin necesidad del caso del león de Florencia, sabría el mundo cuanto es el valor que atesoran los sentimientos maternos.

—Vamos, hombre, dijo con una suavidad impregnada de tristeza, ¿qué resuelves con respecto á nuestro humilde corderito? Esto no puede seguir así.

—Tiempo queda, mujer, contestó Antonio, con mal disimulada impaciencia, y sobre todo, importa que yo consiga primero....

—No se trata de tí, rupuso la pobre madre con afable instancia; sino de nuestro hijo, que le despiden de la escuela y convendría que te ayudara y aprendiese...

—¿A qué?—Preguntó ceñudo el labrador.

—A labrar la tierra, replicó con sencillez y humildad, Maria.

—¡Bonito empleo! Respondió Antonio, dando libre curso á la acritud comprimida hasta entonces.

Tú no entiendes de eso, mujer; Pablo es un alma de Dios, ó mejor dicho un pedazo de carne bautizada.

Le faltan mis brios y mi cabeza, y es indispensable que yo rebiente para que él coma, si es que no pierde lo que de nosotros reciba en su día.

—Pobre niño, expuso la dolorida madre, con vehemencia. El no tiene la culpa de su tímido génio, y en este punto es forzoso alegar en abono suyo, que suple tal defecto con otras cualidades excelentes. El señor cura le estima por su candor, por su.....

—Es natural que le defiendas, manifestó el esposo con eco sombrío; pero si no fuese tan bueno seria mucho mejor; porque al fin y al postre no le podemos meter monja, y lo que es para trabajos activos y duros no hay que contar con él, y en cuanto á cosas de aquí.... El labrador llevó el índice de la mano derecha á su frente con ademán resuelto y amargo á la vez.

—Bueno, dijo la amorosa madre; te concedo la razón; pero es menester que ese chico se baste á si propio en lo que den de sí sus facultades.

—No hay mas remedio que hacerlo yo todo, cortó con acento brusco el padre de Pablo. El corazón me dice que lo haré; estoy metido en un berengenal del demonio, y sin embargo llegaré á salir con honra y provecho.

—Dios lo quiera, interrumpió Maria desahogando en un suspiro sus ocultos temores.

—Saldré, repitió Antonio, con una especie de rabia sorda; porque, Dios me ha dado capacidad y valentía y aunque en esta pícara tierra hay tiburones como en el mar, no dejaré que devoren mi fortuna y la pondré á salvo

de sus ataques.

—¿Que te pasa Antonio? Interrogó trémula y llorosa la muger de aquel hombre, acosado sin tregua por atormentadores pensamientos.

—Vaya una pregunta! Esclamó soltando una carcajada que nada tenía de franca ni de alegre, sino mucho de siniestra y penosa.—Me pasa lo de todo fiel cristiano que cuenta con diez y pide diez mas para tener veinte, y con veinte aspira á ganar cuarenta. Esto produce malos ratos, y desvelos; pero al fin se canta la gloria.

—O se arruina la gente, le hizo observar Maria, con cierto embarazo.

—Bahl! le contestó el esposo, encojiéndose de hombros con desdén. Se arruinan los que se empeñan en seguir por el camino derecho, como el pobre hombre de tu padre; los que abanzan en su camino línea á línea; los que esperan que llueva el maná, y no echan á un lado ese lastre inútil que se bautiza con el nombre de temor de Dios, y no es mas realmente que temor de aventurarse en las especulaciones, y ya es antiguo el adagio *quien no se aventura no pasa la mar*.

—¡Que lenguaje! exclamó escandalizada Maria.

—El de la verdad, insistió rudamente el cultivador, exaltándose por grados. Tu tienes la culpa del genial femenino y pusilánime de ese infeliz chiquillo, y el señor cura (añadió bajando el tono) es tu cómplice en esa obra desgraciada; porque sin vuestros escrúpulos y sugestiones y necesidades mi hijo tomaria mi ejemplo; pero yo me guardaré muy bien de entrar en lidia con un devoto más, que escandalizara porque pago un veinte por ciento del dinero que tomo y exijo un treinta á quien se lo doy.

—Anton, Anton, calla; dijo Maria cubriéndose el rostro con ambas manos. Tu estás dejado de la mano de Dios.

—Digna madre, por cierto, de un hijo tan pobre de espíritu.

—Buenas noches, exclamó penetrando en la estancia con lentitud el anciano y venerable párroco del lugar.—¿Qué se hablaba de pobres de espíritu?

Anton hizo una seña; Maria, entendiéndola, no desplegó sus lábios.

—Pobres de espíritu, reiteró el sacerdote acercando una silla á la chimenea.—Bienaventurados, amigos míos, porque de ellos es el reino de los cielos.

(Se continuará.)

A MURILLO.

SONETO.

Hubo un tiempo feliz, en que ceñía
Hispalis á su sien sacros laureles,
Premio debido á plumas y pinceles,
Que al par de Grecia Roma envidiaria.
Entonces, como un genio aparecía
Murillo, que eclipsando al grande Apelles,
Robó el vario matiz á los vergeles
Y los rayos al sol de Andalucía.
Si más encumbra el vigoroso vuelo,
Copia en Sión del Angel la belleza,
De la Virgen sin mancha la ternura;
Y acata enardecido el bajo suelo,
Con la bondad, la inaccesible alteza,
Que en el semblante del Señor fulgura.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

IMPACIENCIA.

Pasándose van los días
lentamente y en silencio;
así pasan torvas nubes
por la inmensidad del cielo,
mientras se acerca la lluvia
en alas del raudo viento.
Quisiera regir ahora
la rueda instable del tiempo:
os juro que no me espanta,
ni intentara contenerlo;
antes su incesable curso
precipitara mi anhelo,
sus acompasadas huellas
aun más rápidas haciendo,
porque mi espíritu ardiente
las deja atrás en su vuelo.
Es verdad que de la tumba
nos acerca los linderos;
mas de la callada muerte
ignoramos los misterios:
tal vez es cuna el sepulcro
y nuestra existencia sueño.

Cuando vago caviloso
bajo puro firmamento
por los solitarios campos

que ilumina un sol de fuego:

ó al espirar de la tarde,
reclinado en valle ameno,
á la sombra del olivo,
al márgen del arroyuelo,
la campana religiosa
oigo vibrando á lo lejos,
mística voz que nos llama
á la oracion y al silencio;
y entonces cruza la mente
melancólico recuerdo,
y en lo profundo del alma
brotar un cántico siento
que solo á mi genio pide
sonidos, colores bellos,
imágenes deliciosas
que lo vistan con su velo....
¡cómo, impaciente, la rueda
precipitara del tiempo,
para mirar ya cumplido
lo que soñó el pensamiento!

Cuando de amores palpita
lleno de entusiasmo el pecho,
y viene á oponer la ausencia
un alto muro de hierro
que apenas salvarlo pueden
la esperanza y el recuerdo,
ya en imágenes queridas
de placeres ¡ay! que huyeron,
ya en ilusiones risueñas
para el porvenir incierto,
¡con cuanto ardor impulsara
la rueda lenta del tiempo,
haciendo pasar los días
como rápidos momentos!

Cuando en la grandeza antigua
de mi patria illustre pienso,
de esta patria noble y fuerte
reina de dos hemisferios,
del valor insigne cuna
fecunda de heroicos genios;
y hoy afanosa la miro
de su humillacion saliendo,
restañando las heridas
que con sacrilego acero
en sus entrañas de madre
sus mismos hijos abrieron,
y al orbe todo mostrando
el nunca perdido esfuerzo;
¡ay! entonces se conmueve
profundamente mi pecho:
aguardo que el sol de gloria
brille en su esplendor primero,
y precipitar quisiera
la rueda lenta del tiempo!

Cuando al estender los ojos
miro naciones y pueblos
que son esclavos, y olvidan
que para libres nacieron,
que en altas voces los llama
la eterna ley del progreso,
que el hombre esclavo no es hombre,
ni la libertad es sueño;
y torpemente abatidos
al yugo doblan el cuello....
Oh! para lavar su afrenta
quisiera encender su pecho,
para contemplar su triunfo
precipitar los sucesos,
precipitando anhelante
la tarda rueda del tiempo!

Pero á veces me figuro,
y delirante lo creo,
que un espíritu invisible
ha escuchado mis acentos,
y llega, y al punto infunde
helado horror en mi pecho,
y con amarga ironía
se burla de mi deseo.
Así dice, y sus palabras
aun olvidarlas no puedo.
«¿Por qué despeñar quisieras
«la augusta rueda del tiempo?
«¿Por qué impelerla pretendes
«adonde van tus deseos?
«Déjala, infeliz, que avance
«su eterna huella siguiendo:
«anhelaras algun día
«contener su movimiento,
«y te arrastrará consigo,
«su velocidad gimiendo.
«En vano: todo es en vano!
«Hallará tu osado empeño
«en el umbral del sepulcro
«incomprensible misterio:
«lo futuro, impenetrable:
«lo pasado, un breve sueño.
«Pide entonces que apresure
«su tarda carrera el tiempo.

NARCISO CAMPILLO.

CANTOS SLAVOS.

SOLEDAD.

A la luz de tus ojos, alma mia,
tu corazon he visto,

desierto y mudo está, cual los salones
de mi feudal castillo.

Como en ellos en él tristes retumban
mi voz y mis suspiros,
como en ellos en él amor! esclamo,
y el eco dice-polvido!

LA JUVENTUD PERDIDA.

Por rocas y llanuras he gritado
—donde estás, juventud?
huyó como la nube trasparente
por el espacio azul.

Perderse yo la ví como la piedra
que un niño lanza al mar,
pero la piedra volverá á la playa
y ella no volverá.

MANUEL DEL PALACIO.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—Notable ha sido la que acaba de tener lugar en la Escuela Profesional de Bellas Artes, por el número y mérito de los trabajos presentados, apesar de la premura con que fué dispuesta. He aquí el resumen de las obras exhibidas.

De Profesores de la Escuela.	25 cuadros al óleo.
	31 esculturas y un busto.
	4 planos y un grabado.
	34 cuadros al óleo.
	4 estatuas, 2 relieves y 30 estudios de cabezas y trozos.
	54 planos topográficos.
	30 de detalles y conjunto de edificios.
De alumnos de la misma.	11 de composicion de Arquitectura civil.
	10 proyectos de caminos, puentes, etc.
	7 estudios de composicion.
	7 modelos de idem.
	4 cuadros de geometria descriptiva.

Se presentaron además, mas de 100 dibujos de figura, y del natural y antiguo, 15 dibujos de adornos, 9 estudios de modelado de adorno, 19 de perspectiva y 6 grabados.

El corto espacio que nos queda, nos impide ocuparnos, con la extension que desearamos, de las obras citadas.

JUSTO PREMIO AL MÉRITO.—La Academia de Bellas Artes de Cádiz, en su exposicion última, ha adjudicado una medalla de oro (primer premio) al conocido artista D. Manuel Cabral Bejarano, por su cuadro «Murillo caido del andamio donde pintaba *Los desposorios de santa Catalina*», en la iglesia de Padres Capuchinos de dicha Ciudad.

El cuadro del Sr. Bejarano presentado en el certámen que abrió la misma Academia con anterioridad á la exposicion, y que pareció no merecer el premio ni accésit, fué solicitado con insistencia por dicha corporacion, que al fin le adquirió. Despues ha sido exhibido en la precitada exposicion pública con los premiados en el certámen pictórico, y el cuadro del Sr. Bejarano ha merecido la medalla de oro.

Este episodio artístico, hace por sí solo la mejor apología de la obra del artista, honra hoy de la Escuela Sevillana. Reciba nuestro sincero parabien el Sr. Bejarano.

El 1.º del corriente ha tenido lugar en todas las Universidades del reino la inauguracion del curso académico de 1862 á 1863.

La celebrada en la Universidad central, señalará una época gloriosa en los anales de nuestra ilustracion y de nuestros progresos en el cultivo de la ciencia.

El discurso pronunciado en el mencionado acto por el Ilmo. Sr. D. Ysac Nuñez de Arenas ha sido tan brillante, como oportuno y análogo á la regeneracion intelectual porque está pasando la sociedad.

El tema propuesto y desenvuelto con igual elocuencia que profundos conocimientos, fué: 1.º, que la unidad, alma de la ciencia, es el pio de toda criatura, lo que la asemeja á Dios, y lo que encuentra el espíritu en sí, en la naturaleza y en la humanidad, y 2.º que la filosofía va asentando esta unidad en todas las ciencias y en todas las instituciones sociales.

El Sr. Nuñez de Arenas concluyó con estas palabras: «os confieso que vale mas vuestra figura intelectual al salir de nuestro estudio, que valia la de nuestra generacion al salir de las aulas. Sin embargo, no os engañéis.... vosotros habeis nacido en el puro ambiente de la libertad, junto á los altares de la ciencia, y á una vida de luz y movimiento en todas direcciones; nosotros en días de opresion infausta, dentro de recatado hogar, dormido el pensamiento público, y cerrados los templos del saber á nuestra juventud. Esta diferencia, ventajosa á vuestra parte, os aprieta á recios compromisos, os impone santos deberes para con la patria, instituciones y leyes, cuya tutela os ha hecho lo que sois y lo que habeis de ser en lo venidero.»

Por todo lo no firmado,
El Secretario de la Redaccion,
MANUEL GIRON Y LOPEZ.

Director y Editor responsable, D. CARLOS JIMENEZ PLACER.

SEVILLA.—1862.

IMPRENTA DE D. ANTONIO PADILLA, ABADES, 14.